

Director: JOSE RESTREPO POSADA, Pbro.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL
DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA



AÑO XLVIII — NUMEROS 754, 755, 756, 757, 758

ENERO, FEBRERO, MARZO, ABRIL, MAYO DE 1954

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

AÑO XLVIII — NUMEROS 754, 755, 756, 757, 758
ENERO, FEBRERO, MARZO, ABRIL, MAYO DE 1954

Tarifa reducida en el Servicio Postal interior. Licencia N° 1126

CONTENIDO:

	Pág.
CURIA ROMANA	
Oración del Año Mariano	1
Carta del Sumo Pontífice a Mons. Castro Silva	2
Motu Proprio sobre el Canon 2319	3
Radiomensaje Pontificio de Navidad	3
Radiomensaje a los fieles de Chile	12
Radiomensaje al Congreso de Educación de La Habana	14
Radiomensaje a los enfermos por el Año Mariano	17
Discurso a las enfermeras	20
A los sacerdotes del Concurso Veritas	24
A los alumnos del Concurso Veritas	25
A los médicos municipales	28
Al Congreso de Urología	30
A la Asamblea del Fieltro	32
En el concurso de apostolado	34
Al concurso de cultura religiosa	36
A los orfebres	37
A la Organización de Alimentación	40
A la Acción Católica Italiana	42
A la Parroquia de Centocelle	48
A los Párrocos de Roma	49
Carta al Episcopado italiano sobre televisión	53
Al Cardenal Arzobispo de París, sobre plegarias de los niños por la paz	58
Suprema S. Congregación del Santo Oficio. Facultad respecto al agua antes de la misa	59
S. Congregación Consistorial. Traslación de unas parroquias de la diócesis de Ibagué a la de Manizales	60
S. Congregación de Sacramentos. Misa de medianoche el 8 de diciembre	61
S. Congregación de Ritos. Misa de la Inmaculada	62
Variaciones en el Misal	63
Variaciones en el Ritual	64
Adiciones en el Breviario	65
Sacra Penitenciaría Apostólica. Indulgencias durante el Año Mariano	66
Secretaría de Estado de Su Santidad. Carta al Cardenal Léger sobre la importancia de la parroquia	68
Carta al Excmo. Sr. Nuncio sobre la enfermedad del Santo Padre	72
Comité Central del Año Mariano. Cartas a los obispos de todo el mundo	73
NUNCIATURA APOSTOLICA EN COLOMBIA	
Comunicados. Sobre Obispo Auxiliar de Manizales	74
Vicario Apostólico de Riohacha	75
División de la Prefectura Apostólica de Tumaco	75
Prefectos Apostólicos de Tumaco y Guapi	76
Arquidiócesis de Manizales	77

(Pasa a la penúltima página).

CURIA ROMANA

ORACION DEL AÑO MARIANO

compuesta por Su Santidad el Papa Pío XII

Arrebatados por el esplendor de tu celestial belleza, y urgidos por las angustias del mundo, acudimos a Ti ¡oh Inmaculada Madre de Jesús y Madre nuestra! Nos mueve la confianza de encontrar en tu amantísimo Corazón bálsamo a nuestros ardientes deseos y un puerto seguro que nos salve de las tempestades que nos azotan por todas partes.

Aunque indignos por nuestros pecados y cargados de infinita miseria, admiramos y alabamos la sin igual riqueza de los dones sublimes con que Dios te ha colmado sobre todas las creaturas, desde el instante de tu Concepción hasta el día en que después de tu Asunción a los cielos, te coronó por Reina del Universo.

¡Oh cristalina fuente de la fe, riega nuestra inteligencia con las verdades eternas!

¡Oh lirio fragante de toda santidad, cautiva nuestros corazones con tu perfume celestial!

¡Oh vencedora del mal y de la muerte, inspira en nosotros un horror profundo al pecado que hace al alma detestable a Dios y esclava del infierno!

¡Oh predilecta de Dios, escucha nuestra ardiente plegaria que se levanta desde todo corazón en este Año dedicado a Ti!

Inclínate tiernamente sobre nuestras dolientes heridas. Convierte al perverso, seca las lágrimas del afligido y del oprimido, consueta al pobre y al humilde, apaga los odios, endulza las arideces, salva la pureza de la juventud, protege a la Santa Iglesia, haz que todos los hombres sientan la atracción de la vida cristiana.

Que en tu nombre, que resuena armoniosamente en los cielos, reconozcan ellos que son hermanos, que las naciones son miembros de una sola familia; para que sobre ellas brille el sol de la paz universal y sincera.

Recibe ¡oh dulcísima Madre! nuestras humildes súplicas, y sobre todo alcanza para nosotros el que algún día, felices contigo, podamos repetir

ante tu trono ese himno que hoy se canta en la tierra alrededor de tus altares:

¡Eres toda bella ¡oh María! ¡Eres la gloria, la alegría y el honor de nuestro pueblo! — Así sea.

Indulgencias: 1. Indulgencia parcial de 5 años, cada vez que se recite devotamente, al menos con el corazón contrito; 2. Indulgencia plenaria, con las condiciones acostumbradas, que se ganará en las fiestas de la Inmaculada de 1953 y 1954 y todos los sábados del Año Mariano.

CARTA DEL SUMO PONTIFICE

al Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con ocasión del tercer centenario de su fundación

Al querido hijo José Vicente Castro Silva,
Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá:

Dentro de breves días se va a cumplir el III Centenario de la fundación de ese Colegio Mayor, y nos es grato aprovechar esta ocasión para manifestarte el testimonio de nuestra paternal benevolencia y cordial elicitación.

El venerable y piadoso Arzobispo de esa ciudad, Fray Cristóbal de Torres, quiso que en ella surgiera un centro de selecta formación religiosa y científica para bien de la nación. Nacido y desarrollado, en efecto, a la sombra protectora de la Iglesia, ese insigne Colegio estuvo destinado desde el primer momento a enseñar el Dogma y la Moral cristianos, como base para el estudio de otras Facultades, con el objeto de que fuera un plantel de esclarecidos varones, que a su vez pudieran difundir estas verdades.

Durante todo el tiempo de su larga vida, ese Colegio Mayor, fiel a los ideales señalados por su ilustre Fundador, ha trabajado con diligencia y constancia para realizar su propio fin, y hoy, después de tres siglos, puede ver con íntima satisfacción el elevado número de personas formadas en sus aulas, que han sobresalido en el desempeño de su profesión por sus rectos principios, honrando así los importantes lugares ocupados.

Por eso, alegrándonos de los frutos alcanzados, queremos en esta circunstancia alentar a todos los miembros del Colegio a proseguir con entusiasmo y elevación de miras esta importante labor, cuyos resultados serán siempre tan benéficos para la sociedad.

De todo corazón elevamos al Señor nuestras oraciones para que, por intercesión de la Santísima Virgen María, derrame sus gracias sobre ti, querido hijo, sobre los Consiliarios y el Claustro, mientras que, en prenda de ellas, nos complacemos en daros la Bendición Apostólica.

Del Vaticano, 8 de diciembre de 1953.

PIUS PP. XII

MOTU PROPRIO

quaedam verba expunguntur a can. 2319, p. 1, 1º

PIUS PP. XII

Ecclesiae bonum postulat ut, quantum fieri potest, caveamus ne, incertis privatorum hominum de germano canonum sensu opinionibus et coniecturis, Iuris canonici stabilitas in discrimen vocetur, neve, subtilatibus et cavillationibus immorando, contra apertam legislatoris voluntatem, legum violatoribus indulgeatur iniuste, quod nervum ecclesiasticae disciplinae disrumpit.

Sed quidam sacrorum canonum interpretes id non satis attendentes vim can. 2319, p. 1, 1º extenuarunt atque, plus aequo innixi praescripto can. 1063 p. 1 in eodem revocati, docuerunt non quodlibet matrimonium a catholicis initum seu attentatum coram ministro acatholico puniri excommunicatione Ordinario reservata.

Itaque ne christifideles, metu poenae liberati, eiusmodi crimen admittere audeant, Nos, auditis Emmis. ac Revmis. Patribus Supremae Sacrae Congregationis S. Officii, Motu Proprio ac de plenitudine Apostolicae potestatis, decernimus atque iubemus ut a can. 2319 p. 1, 1º expungantur verba "contra praescriptum can. 1063 p. 1".

Mandamus autem ut hae Litterae Apostolicae, Motu Proprio datae, in Actis Apostolicae Sedis edantur.

Contrariis quibuslibet non obstantibus, etsi peculiarissima mentione dignis.

Datum Romae, apud S. Petrum, die XXV Decembris mensis, in festo Nativitatis Domini, anno MCMLIII, Pontificatus Nostri quinto decimo.

PIUS PP. XII

Radiomensajes de Su Santidad el Papa Pío XII

— I —

EN LA VISPERA DE NAVIDAD DE 1953

Junto a la radiosa cuna del Redentor

"El pueblo, que vivía en tinieblas, vio una gran luz". Con esta viva imagen el espíritu profético de Isaías (Is. 9, 1) anunció la venida a la tierra del Niño celestial, Padre del futuro siglo y Príncipe de la paz. Con la misma imagen, que en la plenitud de los tiempos se ha convertido en realidad confortante de las generaciones humanas, que se suceden en este mundo lleno de tinieblas, Nos deseamos, amados hijos del Orbe Católico, comenzar nuestro Mensaje navideño, y servirnos de ella para guía-

ros otra vez a la cuna del Salvador recién nacido, fulgurante manantial de luz.

Luz que resplandece en las tinieblas

Luz que disipa y vence las tinieblas es, en verdad, el Nacimiento del Señor, en su significado esencial, que el Apóstol San Juan expuso y compendió en el sublime exordio de su Evangelio, en el cual resuena la solemnidad de la primera página del Génesis al aparecer la luz primera. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y nosotros fuimos testigos de su gloria, gloria propia del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Io. 1, 1-14). El, vida y luz en Sí mismo, resplandece en las tinieblas y concede a todos los que le abren sus ojos y su corazón, a aquellos que le reciben y creen en El, el poder de llegar a ser hijos de Dios (cfr. Io. 1, 12).

No obstante este copioso fulgor de la luz divina, que irradia del humilde pesebre, posee el hombre la tremenda facultad de hundirse en las antiguas tinieblas, causadas por el primer pecado, en las que el espíritu se marchita en obras de fango y de muerte. Para éstos, que se han hecho ciegos voluntarios por haber perdido o debilitado la fe, la misma Navidad no tiene otros atractivos que los de una fiesta meramente humana que se resuelve en pobres sentimientos y en recuerdos puramente terrenos; fiesta mirada frecuentemente con íntimo cariño, pero como si fuera una envoltura sin contenido y una cáscara vana.

Aún quedan, pues, en torno de la refulgente cuna del Redentor zonas oscuras, y la rodean hombres de ojos apagados a la luz celestial; y no porque el Dios Encarnado no tenga luz para iluminar a todo hombre que viene a este mundo, a pesar del misterio, sino porque muchos, ofuscados por el efímero esplendor de ideales y obras humanas, circunscriben su vista dentro de los límites de lo creado, incapaces de levantarla al Creador, principio, armonía y fin de todo lo que existe.

El progreso técnico

A estos hombres de las tinieblas deseamos señalar la "gran luz" que irradia del pesebre, invitándoles ante todo a reconocer la causa actual que les ciega y hace insensibles a las cosas divinas. La causa es el excesivo y a veces exclusivo aprecio del llamado "progreso técnico". Este progreso, al principio soñado cual mito omnipotente y fuente de felicidad, más tarde promovido con gran ardor hasta las más osadas conquistas, se ha impuesto a la conciencia ordinaria como fin último del hombre y de la vida, en sustitución de todo otro ideal religioso y espiritual. Hoy vemos con siempre mayor claridad que su innecesaria exaltación ha cegado los ojos del hombre moderno y ha endurecido sus oídos de tal modo que se realiza en ellos lo que el Libro de la Sabiduría flagelaba en los idólatras de su tiempo (Sap. 13, 1); son incapaces de conocer por medio del mundo visible a Aquel que existe, y de descubrir al Artífice por sus obras; y aún más hoy día, esos que caminan en tinieblas, el mundo sobrenatural y la obra de la Redención, que supera la naturaleza y que fue realizada por Jesucristo, quedan envueltos en completa oscuridad.

Viene de Dios y conduce a Dios

Y sin embargo no debería existir tal extravío, ni la presente exhortación nuestra se ha de entender cual si fuese una reprobación del progreso

técnico en sí mismo. La Iglesia ama y favorece el progreso humano. Es innegable que el progreso técnico viene de Dios, y por consecuencia puede y debe llevar a Dios. Acaece, en efecto, con frecuencia que el creyente, al admirar las conquistas de la técnica y al servirse de ellas para penetrar más profundamente en el conocimiento de la creación y de las fuerzas naturales y para mejor dominarlas por medio de la máquina y de los instrumentos, en servicio del hombre y del bienestar de la vida terrena, se sienta como arrastrado a adorar al Dador de aquellos bienes que admira y utiliza, sabiendo que el Hijo eterno de Dios es el "primogénito de todas las creaturas, porque en El han sido hechas las cosas todas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles" (Col. 1, 15-16). Muy lejos, por lo tanto, de sentirse inclinado a rechazar las maravillas de la técnica y su legítimo empleo, el creyente se encuentra más pronto, si cabe, a doblar su rodilla ante el Niño Divino del pesebre, más consciente de su deuda de gratitud al que dio la inteligencia y las cosas, más dispuesto a servirse de las obras de la técnica para entonar el himno de los ángeles en Belén: "¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos!" (Luc. 2, 14). El creyente tendrá incluso por cosa natural el ofrecer al Niño Dios, junto al oro, incienso y mirra de los Magos, las conquistas modernas de la técnica: máquinas y números, laboratorios e invenciones, potencia y recursos. Más aún, tal oferta es como un presentarle ya ejecutada, aunque no completamente, la obra por El encargada. "Poblad la tierra y sometedla" (Gen. 1, 28), dijo Dios al hombre al confiarle la creación como herencia provisional.

¡Qué camino tan largo y áspero desde entonces hasta los tiempos presentes, en el cual pueden los hombres de algún modo afirmar que han cumplido el divino precepto!

La técnica moderna en el apogeo de su esplendor y de su rendimiento

La técnica conduce al hombre de hoy hacia una perfección nunca igualada en el dominio del mundo material. La máquina moderna permite una producción que sustituye y agiganta la energía humana del trabajo, libre enteramente del concurso de las fuerzas orgánicas, y que asegura un máximo de potencial en extensión e intensidad y al mismo tiempo de precisión. Abrazando con la mirada los resultados de esta evolución, parece como si la misma naturaleza aprobase con satisfacción cuanto el hombre ha obrado en ella y le incitase a llevar adelante la investigación y la utilización de sus inagotables posibilidades. Ahora bien, es claro que toda investigación y descubrimiento de las fuerzas de la naturaleza, realizados por la técnica, se resuelven en investigación y descubrimiento de la grandeza, de la sabiduría, de la armonía de Dios. Considerada así la técnica ¿quién podrá desaprobala y condenarla?

Peligro de que ocasione grave daño espiritual el espíritu técnico

Con todo, parece inconcuso que la técnica misma, llegada en nuestro siglo al apogeo de su esplendor y de su rendimiento, se cambiara, por circunstancias de hecho, en un grave peligro espiritual. Ella parece comunicar al hombre moderno, postrado ante su altar, un sentimiento de autosuficiencia y de satisfacción de sus aspiraciones ilimitadas a conocer y poder. Con su empleo múltiple, con la confianza absoluta que recaba, con las posibilidades extraordinarias que promete, la técnica moderna abre al hombre contemporáneo una visión tan vasta, que para muchos

llega a confundirse con el mismo infinito. Se le atribuye, por consiguiente, una imposible autonomía, la cual a su vez, en el pensamiento de algunos, se transforma en una errónea concepción de la vida y del mundo, designada con el apelativo de "espíritu técnico". ¿En qué consiste propiamente este espíritu? Consiste en que se considera como el más alto valor humano y de la vida el recabar el mayor provecho de las fuerzas y de los elementos de la naturaleza; en que se toman como fin, con preferencia a todas las demás actividades humanas, los métodos técnicamente posibles de producción mecánica, y se ve en ellos la perfección de la cultura y de la felicidad terrena.

Tiende a limitar la mirada del hombre a la sola materia

Hay ante todo un engaño fundamental en esta visión torcida del mundo, que ofrece el "espíritu técnico". El panorama, a primera vista limitado, que la técnica despliega ante los ojos del hombre moderno, por muy extenso que sea, no es, con todo, más que una proyección parcial de la vida sobre la realidad, pues no expresa sino las relaciones de ésta con la materia. Por eso es un panorama que alucina y acaba por encerrar al hombre, demasiado crédulo en la inmensidad y en la omnipotencia de la técnica, en una prisión, que es ciertamente vasta, pero circunscrita, y por tanto a la larga insoportable a su genuino espíritu. Su mirada, lejos de extenderse hacia la realidad infinita, que no es sólo materia, se sentirá coartada por las barreras que ésta necesariamente le opone. De donde nace la íntima angustia del hombre contemporáneo, que se ha vuelto ciego, por haberse rodeado voluntariamente de tinieblas.

Lo hace ciego para las verdades religiosas

Mucho más graves son los daños que se derivan del "espíritu técnico" para el hombre que se deja embriagar por él en el sector de las verdades propiamente religiosas y en sus relaciones con lo sobrenatural. Son éstas también las tinieblas que, según el Evangelista San Juan, el Verbo Encarnado vino a disipar, y que impiden la comprensión espiritual de los misterios de Dios.

No que la técnica de suyo exija la negación de los valores religiosos en virtud de la lógica —la cual, como hemos dicho, conduce más bien a descubrirlos—; sino que ese "espíritu técnico" pone al hombre en condiciones desfavorables para buscar, ver y aceptar las verdades y los bienes sobrenaturales. La mente se deja seducir por la concepción de la vida forjada por el "espíritu técnico"; permanece insensible y despreocupada y por consiguiente ciega ante obras de Dios de naturaleza totalmente diversa de la técnica, como son los misterios de la fe cristiana. El remedio mismo que habría de consistir en un redoblado esfuerzo por extender la mirada más allá de las barreras de las tinieblas y por despertar en el alma el interés por las realidades sobrenaturales, lo hace ineficaz, ya desde el principio, el mismo "espíritu técnico", puesto que priva a los hombres del sentido crítico por razón de la singular inquietud y superficialidad de nuestro tiempo; defecto que deben reconocer como una de sus consecuencias los mismos que aprueban con verdad y sinceridad el progreso técnico. Los hombres imbuídos del "espíritu técnico" difícilmente encuentran la calma, la serenidad y la interioridad necesarias para poder reconocer el camino que conduce al Hijo de Dios hecho hombre. Los tales llegarán hasta denigrar al Creador y a su obra, declarando que la naturaleza hu-

mana es una construcción defectuosa, si la capacidad de acción del cerebro y los demás órganos humanos, necesariamente limitada, impide la actuación de los cálculos y proyectos tecnológicos. Y aún son menos aptos para comprender y estimar los altísimos misterios de la vida y de la economía divina, como, por ejemplo, el misterio de Navidad, en el que la unión del Verbo Eterno con la naturaleza humana actúa realidades y grandezas muy diferentes de las que considera la técnica. Su pensamiento sigue otros caminos y otros métodos bajo la sugestión unilateral del "espíritu técnico" que no reconoce y no aprecia como realidades sino lo que se puede expresar con números y con cálculos utilitarios. Crean que así descomponen la realidad en sus elementos; pero su conocimiento no pasa de la superficie y sólo se mueve en una dirección. Es evidente que quien adopta el método técnico como único instrumento en la búsqueda de la verdad, debe renunciar a penetrar, por ejemplo, las profundas realidades de la vida orgánica, y más aún las de la vida espiritual y las realidades vivientes del individuo y de la sociedad humana, porque no pueden formularse con expresiones cuantitativas. ¿Cómo se puede esperar de una mente así formada asentimiento y admiración ante las imponentes realidades, a las cuales hemos sido elevados por Jesucristo mediante su Encarnación y Redención, su revelación y su gracia? Aun prescindiendo de la ceguera religiosa que deriva del "espíritu técnico", el hombre poseído por él queda rebajado en su pensamiento, precisamente en cuanto por él es imagen de Dios. Dios es la inteligencia infinitamente comprensiva, mientras que el "espíritu técnico" hace todo lo posible por coartar en el hombre la libre expansión de su entendimiento. Al técnico, maestro o discípulo, que quiere salvarse de esta disminución de sí, es necesaria no sólo una educación profunda de la mente, sino sobre todo una formación religiosa que, contra lo que a veces se afirma, le permita defender su pensamiento de influjos unilaterales. Entonces se romperá el cerco de su conocimiento; entonces la creación se le presentará iluminada en todas sus dimensiones, especialmente cuando ante el Nacimiento se esfuerce por comprender "cuál sea la anchura, longitud y altura y profundidad y el conocimiento de la caridad de Cristo" (cfr. Eph. 3, 18-19). En caso contrario la era técnica llevará a cabo su monstruosa obra maestra de transformar al hombre en un gigante del mundo físico, con detrimento de su espíritu, reducido a pigmeo del mundo sobrenatural y eterno.

Influjo del espíritu técnico en el orden natural de la vida de los hombres modernos y en sus relaciones recíprocas

Pero no se detiene aquí el influjo ejercido por el progreso técnico, una vez que ha sido acogido en la conciencia como algo de autónomo y como fin de sí mismo. A nadie se le oculta el peligro de un "concepto técnico de la vida", es decir, el considerar a la vida exclusivamente por sus valores técnicos, como elemento y factor técnico. Su influjo se refleja tanto en el modo de vivir de los hombres modernos, como en sus recíprocas relaciones.

Vedlo, por un momento, actuando en el pueblo, en el cual se va ya difundiendo, y reflexionad especialmente cómo ha alterado el concepto humano y cristiano del trabajo, y qué influjo ejercita en la legislación y en la administración. El pueblo, con razón, ha acogido favorablemente el progreso técnico, porque alivia el peso del trabajo y acrecienta la productividad. Pero también hay que confesar que si tal sentimiento no se mantiene dentro de los rectos límites, el concepto humano y cris-

tiano del trabajo sufre necesariamente daño. De igual manera, del falso concepto técnico de la vida y, por lo tanto, del trabajo, se sigue el considerar el tiempo libre como fin de sí mismo, en vez de considerarlo y utilizarlo como justo alivio y restablecimiento de fuerzas, esencialmente ligado al ritmo de una vida ordenada, en la que el descanso y el trabajo se alternan en un tejido único y se integran en una sola armonía. Más visible aún es el influjo del "espíritu técnico" aplicado al trabajo cuando se quita al domingo su dignidad singular de día del culto divino y del descanso físico y espiritual para los individuos y la familia, y viene a ser en cambio solamente uno de los días libres de la semana, que pueden ser, por otra parte, distintos para cada miembro de la familia, según el mayor rendimiento que se espera obtener de tal distribución técnica de la energía material y humana; o bien cuando el trabajo profesional se halla tan condicionado y sujeto al "funcionamiento" de la máquina y de los aparatos, que llega a consumir rápidamente al trabajador, como si un año de ejercicio de la profesión le hubiera agotado la fuerza de dos o más años de vida normal.

No menos que en su dignidad personal, en la economía global

Renunciamos a exponer más extensamente cómo este sistema, inspirado exclusivamente en miras técnicas, contrariamente a lo que se esperaba, ocasione un derroche de recursos materiales, no menos que de las principales fuentes de energía —entre las cuales hay que incluir al hombre mismo— y cómo, por consecuencia, se ha de revelar a la larga como un peso dispendioso para la economía global. Con todo, no podemos menos de llamar la atención a la nueva forma de materialismo que ese "espíritu técnico" introduce en la vida. Bastará indicar que la vacía de su contenido, ya que la técnica está ordenada al hombre y al complejo de los valores espirituales y materiales que se refieren a su naturaleza y a su dignidad personal. Si la técnica dominase con autonomía, la sociedad humana se transformaría en una turba incolora, en algo de impersonal y esquemático, contrario, por lo tanto, a lo que la naturaleza y su Creador han demostrado querer.

Y en la familia

Sin duda, una gran parte de la humanidad no ha sido aún contagiada de este "concepto técnico de la vida"; pero es de temer que dondequiera penetre sin cautela el progreso técnico no tardará en manifestarse el peligro de las deformaciones indicadas. Y pensamos con ansia particular en el peligro que amenaza a la familia, que en la vida social es el más sólido principio de orden, en cuanto sabe suscitar entre sus miembros innumerables servicios personales que se renuevan diariamente, se unen con vínculos de afecto a la casa y al hogar, y despierta en cada uno de ellos el amor de la tradición familiar en la producción y conservación de los bienes de uso. En cambio, donde penetra el concepto técnico de la vida la familia pierde el vínculo personal de su unidad, pierde su calor y estabilidad. La familia no permanece unida sino en la medida que le será impuesta por las exigencias de la producción en masa, hacia la cual se corre cada día con más insistencia. La familia ya no es más la obra del amor y el refugio de las almas, sino un depósito desolado de mano de obra para la producción, o de consumidores de los bienes materiales producidos, según las circunstancias.

El "concepto técnico de la vida", forma particular del materialismo

El "concepto técnico de la vida" no es, por lo tanto, sino una forma particular del materialismo, en cuanto que ofrece como última respuesta al problema de la existencia una fórmula matemática y de cálculo utilitario. Por esta razón el desarrollo técnico de nuestros días, como si fuese consciente de hallarse envuelto en tinieblas, manifiesta inquietud y angustia, advertidas especialmente por aquellos que se emplean en la búsqueda febril de sistemas cada vez más complejos, cada vez más arriesgados. Un mundo así guiado no se puede decir iluminado por aquella luz, ni animado por aquella vida que el Verbo, esplendor de la gloria de Dios, haciéndose hombre, ha venido a comunicar a los hombres.

Gravedad de la hora presente, especialmente para Europa

Y he aquí que a nuestra mirada, que ansía constantemente descubrir en el horizonte señales de claridad estable (si no de aquella luz plena de que habló el profeta), se ofrece, por el contrario, la oscura visión de una Europa todavía inquieta, en que el materialismo, del cual hemos hablado, en lugar de resolver envenena sus problemas fundamentales, íntimamente unidos con la paz y con el orden del mundo entero.

Ciertamente, ese materialismo no amenaza a este continente más seriamente que a las otras regiones de la tierra. Por el contrario, creemos que los pueblos llegan con retraso y de repente al rápido progreso de la técnica están más expuestos a los peligros indicados, y particularmente sacudidos en su equilibrio moral y psicológico, ya que el desarrollo adquirido no mediante una evolución continua sino por saltos interrumpidos no encuentra sólidos diques de resistencia, de corrección, adaptación, ni en la madurez de los individuos, ni en la cultura tradicional.

Sin embargo, nuestras graves preocupaciones con relación a Europa son producidas por las incesantes desilusiones en que, a causa de la concepción materialista del problema de la paz, naufragan, ya desde hace años, los deseos sinceros de paz y distensión acariciados por estos pueblos. Nós pensamos de un modo particular en aquellos que juzgan la cuestión de la paz como si fuese de naturaleza técnica, y consideran la vida de los individuos y de las naciones bajo el aspecto técnico económico. Tal concepción materialista de la vida amenaza ser la norma de conducta de algunos activos agentes de paz y la receta de su política pacifista. Estos juzgan que el secreto de la solución consiste en dar a todos los pueblos la prosperidad material mediante el aumento constante de la producción del trabajo y del tenor de vida, como hace un siglo se cautivó la absoluta confianza de los estadistas con otra fórmula semejante: con el comercio libre, la paz eterna.

El camino recto hacia la paz verdadera

Pero ningún materialismo ha sido jamás medio idóneo para instaurar la paz, siendo ésta, antes que nada, una condición del espíritu, y sólo en segundo orden un equilibrio armónico de fuerzas externas. Es, pues, un error de principio confiar la paz al materialismo moderno, que corrompe al hombre en su raíz y ahoga su vida personal y espiritual. A la misma desconfianza conduce, por lo demás, la experiencia; la cual demuestra, aun en nuestros días, que el costosísimo potencial de fuerzas técnicas y económicas, aunque sea distribuido más o menos igualmente entre las dos par-

tes, impone un temor recíproco. De ello resultaría, por lo tanto, solamente una paz de temor; no la paz que es seguridad en el porvenir. Conviene repetir esto sin cansarse, y persuadir de ello a los que entre el pueblo se dejan fácilmente alucinar por el espejismo de que la paz consiste en la abundancia de bienes, mientras la paz segura y estable es, sobre todo, un problema de unidad espiritual y de disposiciones morales. Ella exige, bajo pena de una nueva catástrofe de la humanidad, que se renuncie a la autonomía falaz de las fuerzas materiales, las cuales en nuestros días no se distinguen gran cosa de las armas propiamente bélicas. No mejoraría la condición presente de las cosas, si los pueblos no llegan a reconocer los fines comunes espirituales y morales de la humanidad; si no se ayudan a realizarlos, y, en consecuencia, no se entienden mutuamente, para oponerse a la disolvente discrepancia que domina entre ellos en relación con el tenor de vida y con la producción del trabajo.

La unión de los pueblos de Europa

Todo esto se puede y aun se debe hacer en Europa, creando esa unión continental entre sus pueblos, diferentes, es cierto, más geográfica e históricamente ligados entre sí. Un fuerte argumento en favor de tal unión es el manifiesto fracaso de la política contraria y el hecho de que los mismos pueblos, en sus clases más humildes, están esperándola y la juzgan necesaria y prácticamente posible. Ha llegado, según parece, el tiempo de que el proyecto se convierta en realidad. Por lo tanto, Nós exhortamos a la acción a todos los políticos cristianos, a quienes bastará recordar que toda unión pacífica de pueblos fue siempre vehemente deseo del Cristianismo. ¿Por qué se ha de dudar todavía? El fin es claro; las necesidades de los pueblos están a la vista de todos. A quien exigiese con anticipación la garantía absoluta del éxito se le debería responder que se trata, sí, de un riesgo, pero necesario; de un riesgo, pero acomodado a los tiempos presentes; de un riesgo conforme a razón. Es necesario, sin duda, proceder con precaución; avanzar con pasos calculados; mas ¿por qué desconfiar precisamente ahora del alto grado alcanzado por la ciencia y la práctica de la política, las cuales son suficientes para prever los obstáculos y poner los remedios? Empujen sobre todo a la acción las difíciles circunstancias en que Europa se debate; para ella no hay seguridad sin riesgo. El que exige una certeza absoluta no demuestra buena voluntad hacia Europa.

Genuina acción social cristiana

Teniendo siempre a la vista este fin, Nós exhortamos también a los políticos cristianos a la acción dentro de sus propios países. Si el orden no reina en la vida interna de los pueblos, es inútil esperar la unión de Europa y la seguridad de la paz universal. En tiempos como los nuestros, en que los errores se convierten fácilmente en catástrofes, un político cristiano no puede —hoy menos que nunca— intensificar la tensión social interna, dramatizándola, olvidando los puntos positivos y dejando que se pierda la visión recta de lo que se presenta como razonablemente posible. Se le exige tenacidad en la actuación de la doctrina social cristiana, tenacidad y confianza mayores que las que los enemigos demuestran tener en sus errores. Si la doctrina social cristiana, de más de cien años acá, se ha desarrollado y se ha hecho fecunda en la práctica política de muchos pueblos —desgraciadamente no de todos—, los que llegan demasiado tarde no tienen hoy derecho a lamentarse de que el Cristianismo deja en el

campo social una laguna que, a decir de ellos, ha de llenarse mediante una revolución de la conciencia cristiana, como la llaman. La laguna no está en el Cristianismo sino en la mente de sus acusadores.

Siendo esto así, el político cristiano no sirve a la paz interna, ni consiguientemente a la externa, cuando abandona la base sólida de la experiencia objetiva y de los principios claros, y se transforma como en demagogo carismático de una nueva tierra social, contribuyendo a aumentar la desorientación de las inteligencias ya turbadas. De este crimen se hace responsable quien cree poder hacer experimento sobre el orden social, y particularmente quien no está resuelto a hacer prevalecer en todos los grupos la legítima autoridad del Estado y el cumplimiento de las justas leyes. ¿Acaso hay que demostrar que la debilidad de la autoridad socava la solidez de una nación más que todas las otras dificultades, y que la debilidad de una nación arrastra consigo la debilitación de Europa y pone en peligro la paz general?

La autoridad del Estado

Por tanto, es preciso reaccionar contra la opinión equivocada de que el justo predominio de la autoridad y de las leyes abre necesariamente el camino a la tiranía. Nós mismo, hace algunos años, en ocasión de esta misma festividad (24 de diciembre de 1944), hablando de la democracia, indicamos que en un Estado democrático, no menos que en cualquier otro bien ordenado, la autoridad debe ser verdadera y efectiva. La democracia pretende sin duda realizar el ideal de la libertad; pero ideal es únicamente aquella libertad que se aleja de todo desenfreno, aquella libertad que conjuga con la conciencia del propio derecho el respeto a la libertad, a la dignidad y al derecho de los demás, y es consciente de la propia responsabilidad hacia el bien general. Naturalmente, esta genuina democracia no puede vivir ni prosperar sino en una atmósfera de respeto hacia Dios y de cumplimiento de sus mandamientos, no menos que de solidaridad y hermandad cristiana.

Conclusión

De esta manera, amados hijos, la obra de la paz, prometida a los hombres en la espléndida noche de Belén, se realizará al fin con la buena voluntad de cada uno; pero tiene su principio en la plenitud de la verdad, que ahuyenta las tinieblas de las mentes. Como en la creación "al principio era el Verbo" y no las cosas ni sus leyes, ni su poder y abundancia, así en la realización de la misteriosa empresa encargada por el Creador a la humanidad debe ser colocado en el principio el mismo Verbo, su verdad, su caridad y su gracia, y solamente después la ciencia y la técnica.

Hemos querido exponer este orden, y os exhortamos a tutelarlos eficazmente. Está de nuestra parte la historia, que, como bien lo sabéis, es buena maestra. Pero parece que ante sus enseñanzas los que no las entienden y por ello están prontos a probar nuevas aventuras son más numerosos que los otros, víctimas de su locura. Nós hemos hablado en nombre de estas víctimas, que lloran todavía sobre tumbas vecinas o lejanas, y ya deben temer que se abran otras nuevas; que aún moran entre ruinas y ven ya aproximarse nuevas destrucciones; que aún están esperando a sus miembros prisioneros y dispersos y temen ya por su propia libertad. Es tan grande el peligro, que desde la cuna del Príncipe eterno de la paz nos hemos visto en la precisión de dirigir palabras graves, aun

con el peligro de provocar temores todavía más vivos. Pero siempre se puede confiar en que, con la gracia de Dios, será éste un temor saludable y eficaz, que conduzca hacia la unión de los pueblos, reforzando de esta manera la paz.

Oiga estas nuestras ansias y votos la Madre de Dios y Madre de los hombres, María Inmaculada, ante cuyos altares se postran este año en modo especial los pueblos de la tierra, a fin de que interponga entre ésta y el trono de Dios su maternal intercesión.

Con tales augurios en los labios y en el corazón, os impartimos a vosotros todos, amados hijos, a vuestras familias y especialmente a los humildes, a los pobres, a los oprimidos, a los perseguidos por su fidelidad a Cristo y a su Iglesia, con efusión del corazón, nuestra paternal Bendición Apostólica.

— II —

AL PUEBLO CHILENO, CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE LA RADIO CHILENA

(11 de enero de 1954)

Amadísimos hijos, católicos de Chile, que en estos instantes sintonizáis con "Radio Chilena" para oír la transmisión extraordinaria que da comienzo a su nueva vida:

Una vez más, en el breve término de pocos meses, una Radio Católica comienza a funcionar en el ámbito de los pueblos americanos de abolengo hispánico; y una vez más también, con el corazón rebosante de gozo, accedemos gustoso a dedicarle unas palabras, convencidos como estamos de la trascendental importancia de tan eficaz medio de difusión, en la batalla que la Iglesia pelea con armas pacíficas bajo todos los cielos en pro de la auténtica verdad, de la indispensable moralidad, de la estricta justicia y del sincero amor, no sólo entre los hombres, sino también entre todas las naciones.

"In omnibus gratias agite", dad en todo gracias al Señor (1 Thess. 5, 18), porque si los hijos de las tinieblas han sido otras veces más avisados ¡esta no se han quedado atrás los hijos de la luz! (cfr. Luc. 16, 8).

Fue ayer la Colombia hermana. Hoy es el amadísimo Chile, la nación en cuya vida tanta parte ha tenido siempre la Iglesia, no sólo por lo que toca a su formación y a la sucesiva armonización de las clases que integran su sociedad, sino también hasta por lo que se refiere al cultivo de las ciencias profanas, donde, para recordar solamente algunos ejemplos, no hay quien no sepa lo que la patria debe al jesuita Juan Ignacio Molina en la Historia Natural, a su hermano en religión, Havestadt, en el estudio y enseñanza de las lenguas indígenas, y al insigne sacerdote Alonso de Ovalle en el campo de la Historia.

Ni era tampoco terreno para vosotros desconocido este de la Radio, pues con no poca satisfacción hemos seguido en él vuestros esfuerzos durante estos últimos lustros; esfuerzos que se fueron concretando: primero en el Departamento Nacional de Radio, surgido en el seno de la Acción Católica desde 1947; luego en la filial de la Organización Internacional Católica de la Radio y Televisión, que funciona en Santiago desde la primavera del año pasado y cuyos programas sobre la Biblia, en América

y fuera de América, sabemos que justamente han despertado tanto interés; y ahora en esta emisora, adquirida y organizada de nuevo con tan prudente iniciativa, tan loables esfuerzos y tan costosos sacrificios.

Nós nos la imaginamos ya transmitiendo a través de sus antenas, desde la hermosa y bien emplazada Santiago; y nos parece ver que sus ondas suben veloces, recorriendo a lo largo el encantador valle central hasta los ricos territorios de Tacna y Arica— verdadero regalo del cielo a un pueblo a quien quería realmente beneficiar; que descienden raudas hasta Castro y Ancud, hasta la Tierra del Fuego, hasta esas islas incontables, verdadero jardín del mar, don que el Señor ha ofrecido a una estirpe que deseaba amablemente recrear; que vuelan impalpables sobre los Andes soberbios y sobre sus mudos y solitarios volcanes, para llevar los ecos del Evangelio a las naciones hermanas, con alas más poderosas que las de vuestro cóndor nacional; que superan, por fin, en una especie de refujo armónico, los bordes de la cordillera litoral, descendiendo a las playas sin fin de vuestro Océano y desparramándose por el mar, para ofrecer a todo el mundo un mensaje de verdad, un mensaje de caridad.

Ojalá que, por lo que a vosotros se refiere, chilenos amadísimos, os puedan servir siempre de ayuda en la defensa y consolidación de vuestra fe, en el fomento y perfección de vuestra unidad.

Allá, en los primeros meses de nuestro Pontificado, al tener el placer de recibir a una peregrinación de vuestro país, os exhortábamos ya a "mantener incólumes vuestra fe y vuestra unión"; años después, dirigiéndonos a vuestro octavo Congreso Eucarístico Nacional, pedíamos al Dios escondido bajo las sagradas especies que conservase "la fe... y perfeccionase la unidad de vuestro pueblo"; finalmente, no hace mucho, hablando a vuestro primer Congreso Mariano Nacional, os pedíamos que os sintieseis "ante el altar de la Madre de Dios... siempre hermanos, prometiéndole trabajar unidos por los intereses de su Divino Hijo, de la Iglesia por El fundada y de la santa religión".

Sea ésta también hoy la sagrada misión que gustosamente confiamos a la "Radio Chilena": "ut non deficiat fides vestra" (cfr. Luc. 22, 32); "ut caritas vestra magis ac magis abundet" (Phil. 1, 9): que vuestra fe no desfallezca, que vuestra caridad crezca más y más. Sea ésta, desde hoy para siempre, su intención principal: la defensa de una creencia alevosamente insidiada por el enemigo malo, en el terreno mismo de la Radio, con la siembra de su falsa semilla en un terruño donde ni puede ni debe arraigar; el fomento de la mutua comprensión y de la unión entre los católicos de un pueblo donde les bastaría esforzarse de consuno para llevar siempre a la victoria sus ideales y sus principios; y, como medio general para alcanzar todo esto, la difusión inteligente y generosa de la doctrina de la Iglesia, especialmente de esa doctrina social que en vuestro solar ha tenido apóstoles como el inolvidable prelado González Eyzaguirre; enumera fastos como el famoso Congreso Social Católico de 1910; y ha producido obras como esas Ligas y esos Círculos que tanta utilidad han procurado a toda la nación.

El pueblo chileno se gloria de ser una estirpe indómita que nunca ha cejado ante ninguna dificultad; de un excelente sentido práctico, que en las peores encrucijadas de la historia le ha indicado siempre el camino seguro; de una gentileza y bondad natural, que a todos le ha hecho siempre amable y bienquisto. ¡Vuelen, pues, las ondas de "Radio Chilena" en esta hora tenebrosa del mundo con santa audacia y valor; sepan ellas encontrar el resquicio por donde han de tener entrada en todo lugar y,

tros que, egregiamente instruídos, cada uno en la disciplina que debe enseñar y adornados de las cualidades intelectuales y morales que su importantísimo oficio reclama, ardan en puro y divino amor hacia los jóvenes a ellos confiados, precisamente porque aman a Jesucristo y a su Iglesia" (Pii XI, Encycl. 'Divini Illius'. A. A. S. Vol. XXII, 1930, págs. 80-81).

Buenos maestros, pues, con perfecta formación humana —intelectual y moral—; porque el magisterio es una función que pide tanta discreción al entendimiento como bondad al corazón; tanta capacidad de intuición como delicadeza de espíritu; tanta adaptabilidad y acomodación como fondo humano capaz de soportarlo todo por amor al prójimo.

Buenos maestros, con una competencia profesional por lo menos superior al nivel medio y, mejor aún, eminente en todos los grados de la enseñanza y en cada una de las especialidades, si no se quiere ser indigno de una misión que no es solamente para servicio del pueblo y del Estado, sino también de Dios, de la Iglesia y de las almas.

Buenos maestros, con una clara conciencia profesional católica, con un alma ardiente de celo apostólico, con una idea exacta de la doctrina, que debe penetrar toda su enseñanza, con una profunda convicción de servir a los más altos intereses espirituales y culturales y en un campo de privilegio y de responsabilidad especial.

Buenos maestros, en fin, cuidadosos de educar antes que de enseñar; capaces, sobre todo, de formar y de plasmar almas principalmente al contacto con la suya, porque, como dijo ya un gran pedagogo no completamente extraño a vuestro mundo de lengua española, aunque iluminado solamente por la luz del paganismo, "eum elige adiutorem, quem magis admireris, cum videris quam cum audieris", elige aquel maestro que más has de admirar cuando lo veas que cuando lo oigas (Seneca ad Lucilium, lib. V, Ep. XI [52], n. 8).

En no pocas zonas del Mundo Nuevo, los movimientos sociales y políticos vieron penetrar en el campo de la enseñanza ideas y principios que, partiendo de un liberalismo y de un laicismo que audazmente pretendían dominarlo todo, desembocaban en un monopolio escolar, con daño evidente de la integral formación cristiana y con evidente perjuicio de la minoría y, muchas veces, de la inmensa mayoría católica.

Y eso en un mundo como el vuestro iberoamericano, en el que la Iglesia, plenamente consciente de la misión cultural que acompaña a su mensaje religioso, desplegó con Fray Juan de Zumárraga, Fray Alonso de la Vera Cruz y el gran obispo Vasco de Quiroga en México; con Fray Jerónimo de Loaisa, José de Acosta y el excelso metropolitano limeño Santo Toribio de Mogrovejo en el Perú; y con los jesuitas Torres Bollo, Manuel de Nóbrega y San Pedro Claver en el antiguo Paraguay, en el Brasil y en la Nueva Granada, un esfuerzo educativo y escolar que, dada la escasez de medios de aquella centuria y las dificultades que a él se oponían, nos complacemos en llamar grandioso y profundamente duradero.

Basta recordar el intento, en gran parte logrado, de aquellos grandes misioneros, secundados por el espíritu universal y católico de la legislación de sus monarcas, de fundir en un solo pueblo, mediante la catequesis, la escuela y los colegios de letras humanas, el elemento indígena con las clases cultas venidas de Europa o nacidas ya en tierra americana.

Ni ese esfuerzo se limitó a la enseñanza elemental y humanística. Porque es gloria imperecedera de Hispanoamérica que en el siglo XVIII florecieran en 19 de sus ciudades otros tantos o más centros universitarios,

mejor todavía, en todo hogar; aprendan a presentarse con aquellos atractivos y aquel conveniente decoro que se puede exigir a quien es portador de los más altos valores humanos, morales y espirituales; gocen siempre del dulce patrocinio de vuestra Reina y Señora la Virgen del Carmen, a quien especialmente os encomendamos en este Año Mariano, que hemos propuesto al mundo para su mayor bien y su más segura salvación; sientan igualmente la segura protección de su patrono el Arcángel San Gabriel, que fervorosamente invocamos; y sepan que siempre las acompañan nuestros mejores deseos y nuestra más amplia Bendición.

Bendición que en estos momentos queremos dar a nuestro amadísimo Hijo el Venerable Príncipe de la Iglesia, cuyo nombre queda en el frontal de la nueva emisora como una bandera, un programa y un escudo; a cuantos con su trabajo y su generosidad han hecho posible una realidad tan hermosa; a los directores técnicos y empleados todos, y a cuantos en estos momentos oyen nuestra voz, no menos que a todo el amadísimo pueblo chileno.

— III —

AL V CONGRESO DE EDUCACION CATOLICA, EN LA HABANA

(12 de enero de 1954)

El especialísimo amor que nuestro corazón de Padre común reserva a todas las cuestiones que más directamente se refieren a la juventud —porvenir de la Iglesia y de la sociedad— y el interés singular que es justo conceder a todas las actividades de ese Nuevo Mundo, en cuyas reservas espirituales, humanas y materiales tantas esperanzas coloca la humanidad, nos han movido, amadísimos hijos miembros del Quinto Congreso Interamericano de Educación Católica, no sólo a seguir con la más viva atención vuestros trabajos, sino también a acceder a vuestros piadosos deseos de que fuese una palabra nuestra la que clausurase vuestra asamblea.

Un saludo, pues, paternal y afectuoso; y junto al saludo, inmediatamente una felicitación. La pequeña e insignificante semilla, la pequeña semilla del Evangelio (cfr. Matth. 13, 32) lanzada casi al acaso en Bogotá hace menos de diez años, demostró en seguida en Buenos Aires haber arraigado, y en tierra buena, estudiando los problemas legislativos y orgánicos de la escuela en el mundo vuestro; era planta joven pero lozana y robusta, en La Paz, examinando las cuestiones referentes a "La educación y el ambiente"; apuntó ya frutos excelentes hace dos años, en Río de Janeiro, ocupándose de "La formación integral del adolescente"; y es hoy árbol grande y frondoso, con casi tres mil ramas que mutuamente se prestan calor y vida, que proclaman muy alto los méritos y el valor de la enseñanza católica y que se funden en tronco poderoso, capaz de afirmarse sólidamente en la tierra y de hacerse respetar por su sola presencia.

¡Gracias sean dadas por todo al Magister Bonus (cfr. Marc. 10, 17), al Maestro Bueno, ideal último y acabado de todos vuestros deseos, en la formación de los que mañana han de ser maestros de vuestras escuelas, profesores de vuestros colegios o catedráticos de vuestras universidades!

Tema de importancia primordial; porque, para repetir las palabras de nuestro inolvidable predecesor, "las buenas escuelas son fruto, no tanto de las buenas ordenaciones cuanto principalmente de los buenos maes-

inspirados y dirigidos por la Iglesia, que fueron objeto de la admiración y los elogios de un Alejandro de Humboldt.

Y Nós no podemos dudar de que en el futuro, insistiendo cada vez más en las líneas tan sabiamente trazadas en vuestras anteriores reuniones y en las directivas, que con generosidad maternal constantemente os ha procurado la Iglesia; preocupándoos siempre más de la educación que de la instrucción, perfeccionando vuestros métodos, concediendo un margen cada vez más amplio a la enseñanza de la religión, afinando en la selección de los libros de texto, estimulando la colaboración de las familias de vuestros alumnos, no reparando en sacrificios para la formación de vuestros profesores, siguiendo a vuestros alumnos a la salida de vuestras aulas, con oportunas obras de asistencia postescolar, y dedicando toda la atención que se merecen a las obras sociales de enseñanza —tan necesarias en nuestros días—, vuestras actividades pedagógicas merecerán a lo menos el respeto de todos, especialmente de los buenos, encontrando incluso el apoyo y la protección de todas aquellas públicas autoridades, que verán en ellas una eficaz y generosa colaboración para el bien común de la sociedad y el dique más seguro contra aquellas perniciosas doctrinas que, como negra inundación, amenazan por todas partes.

Y para conseguirlo —os repetimos— “sed padres de las almas más que propagadores de conocimientos estériles; formad a vuestros alumnos sobre todo “con el ejemplo de la vivda” (Disc. y Rad. Vol. XI, págs. 198-199).

Esta vez vuestra reunión ha encontrado acogida señorial en esa espléndida ciudad de San Cristóbal de La Habana, en donde habéis podido admirar una universidad fundada por la Iglesia nada menos que en 1728 y tan pujantes instituciones docentes católicas como la moderna Universidad de Santo Tomás de Villanueva y ese grandioso Colegio de Belén que es honor de la Iglesia y orgullo de Cuba católica.

Levantad los ojos, hijos amadísimos, y contemplad esa bellísima ciudad, recostada en la boca de su bahía, mirándose en las aguas azules de ese tibio mar que baña sus pies, recreándose en las verdes colinas que limitan su horizonte, oreada con las brisas suaves que le manda el canal de La Florida.

Todo se diría que invita al optimismo y a la paz, aunque allá lejos a lo mejor ruja la tormenta o se esté formando junto a cualquier isla remota el tifón desolador.

Paz y optimismo han sido sin duda el espíritu de vuestra asamblea, ungida con la caridad de Cristo, a la sombra protectora de su doctrina y de su Cruz, bajo el manto maternal de la Iglesia, que os mira como su porción predilecta; pero no os olvidéis de que más allá brama el oleaje de las pasiones desencadenadas y corren por el cielo en galopadas tenebrosas nubes negras ansiosas de descargar en vuestros campos el granizo mortal y de arrasar vuestros sembrados con todo el ímpetu iracundo del huracán.

Pero está escrito: ¡no prevalecerán! Y pasarán, como pasan esos turbiones de vuestro cielo, que dejan el aire luego más limpio, el sol más luminoso y la tierra más fecunda, aunque dejen también un triste séquito de muerte y de desolación.

Con esta seguridad, hijos amadísimos, volved a vuestros respectivos lares, portadores de nuestra Bendición, que queremos hacer extensiva no solamente a vuestra Confederación, con todos los organismos y personas asociadas, no solamente a todas vuestras patrias respectivas, sino también a todas vuestras naciones, y de modo muy especial a todos y a cada uno

de vosotros, con todo aquellos que en estos momentos tenéis en la mente y en el corazón.

— IV —

A LOS ENFERMOS EN SU “JORNADA” DEL AÑO MARIANO

(14 de febrero de 1954)

Cuando, dóciles a la divina inspiración, promulgamos, en el pasado septiembre, la celebración del Año Mariano, y poco después, en la fiesta de la Inmaculada, Nós personalmente quisimos inaugurarla con solemnidad en la áurea Basílica Liberiana, trasladándonos allá a depositar nuestras súplicas a los pies de la que es “la Salud del pueblo romano” y de todas las naciones, ya desde entonces pensábamos en vosotros, amados hijos e hijas enfermos, que tenéis especial derecho entre los más cercanos y allegados a nuestro espíritu y a nuestro corazón.

Porque sobre vosotros se inclina con amorosa ternura la Madre de Dios que se apresura a enjugar las lágrimas de los afligidos que se acogen a su maternal regazo, como a puerto seguro en medio de las tempestades, de manera semejante, en vosotros, que sois preciosas joyas y poderosa fuente de energía de la Iglesiasita de Dios, cifra el Vicario de Cristo sus esperanzas para lograr en este año de bendición los múltiples y urgentes frutos que nos hemos propuesto en nuestra Encíclica “Fulgens Corona” para la salud de la humanidad y de la Iglesia misma.

Esta viva esperanza nos mueve a dirigiros nuestra palabra en la presente jornada, con la intención de recogeros a todos bajo la amorosa protección de Nuestra Madre común, la Inmaculada, de rodearos de nuestra caridad y de todos los fieles que por vosotros oran, y de recordaros la misión a que os destina la Providencia en vuestra enfermedad.

Gracias a la técnica moderna, podemos hablar directamente a muchos enfermos, y abrigamos el deseo de llegar, por otro camino, aun a los que no puedan escucharnos. Ciertamente que deseáramos tener la omnipresencia de Dios: querriamos estar cerca de cada uno de vosotros, amados hijos e hijas enfermos en los grandes y pequeños hospitales, en los sanatorios, en las clínicas, en los hospicios, en las prisiones, en los cuarteles, en las desoladas buhardillas de los más pobres o en las apartadas alcobas de vuestras casas. Niños de rostros pálidos, como flores que han crecido sin el calor del sol; jóvenes cuya escasa sonrisa muestra más bien un ánimo esforzado, que la frescura de la edad; hombres maduros, amargamente arrebatados al dinamismo que les es propio; y ancianos, a cuyo natural cansancio la enfermedad añade desazón y sufrimiento.

Siempre ha sido nuestra oración a Jesús que de alguna manera haga nuestro corazón semejante al suyo: corazón bueno, manso y abierto a todos los sufrimientos y a todas las penas. ¡Cómo querriamos tener algún destello de su omnipotencia! ¡Cómo deseáramos pasar por medio de vosotros enjugando lágrimas, dando aliento, curando heridas, robusteciendo, sanando!

Tenemos que contentarnos con estar espiritualmente en medio de vosotros, junto a los niños, con corazón materno; y al lado de los padres, que tiemblan al pensar que habrán de dejar huérfanos a sus hijos. A todos os damos nuestra Bendición, rogando a Dios, omnipotente y amoroso Pa-

dre, que se sirva daros, valiéndose de ella, cuanto crea conveniente al especial ordenamiento de la providencia que ha elegido para cada uno de vosotros. Quiera el Señor que al terminar nuestro breve y misterioso paso por medio de vosotros cada uno sienta el benéfico efecto espiritual y material de nuestra afectuosa Bendición, así como también el alivio de la palabra que con todo el corazón os dirigimos.

1. Mirad: nos parece ver en la sala de un hospital a un joven que sufre, y que en su sufrimiento lanza imprecaciones. Ayer era fuerte y hermoso; era el orgullo de sus padres, quienes ahora tienen el desencanto en el corazón, porque, minado por un mal que no perdona, temen perderlo. El joven siente como que la vida se le escapa: adiós salud, adiós vigor, adiós anhelos de esperanza, adiós proyectos acariciados con entusiasmo de niño, adiós amor. El joven siente una rebeldía: "¿Por qué? ¿Por qué razón? ¿No tengo yo también derecho a la vida? ¿Cómo puede un Dios bueno dejar que sufra tanto? ¿Dejarme morir? ¿Qué mal he hecho?".

¿Cuántos sois, oh hijos e hijas? ¿Cuántos de vosotros habéis demudado el rostro, desencadenáis la ira dentro de vuestros corazones y tenéis la maldición en los labios? A vosotros, especialmente, quisiéramos acercarnos; quisiéramos posar dulcemente nuestra mano sobre vuestras frentes abrasadas por la fiebre. Quisiéramos, con íntima ternura, susurrar al oído de cada uno de vosotros: ¡Oh alma angustiada! ¿por qué te rebelas? Deja que caigan sobre el negro misterio del dolor los rayos de luz que irradia la cruz de Jesús. ¿Qué mal había hecho El? Mira: quizá a la cabecera de tu cama, en la sala del hospital hay una imagen de Nuestra Señora. ¿Qué mal había hecho Ella? ¡Oh alma desolada porque estás bajo la opresión del mal! escucha: Jesús y su santa Madre han sufrido ciertamente no por sus propias culpas, sino muy gustosamente y con entera conformidad con los designios divinos. ¿Te has preguntado alguna vez el porqué?

Quizá has obrado el mal. Reflexiona. Tal vez has ofendido a Dios que el alma merezca la eterna condenación; tú en cambio aún vives, bajo tantas veces y de tantas maneras. Tú sabes que una culpa grave hace la mirada misericordiosa de Dios, en los brazos amorosos de María. Aunque el Señor estuviese castigando tu culpa, no deberías por esto maldecir ni deprimirte; no eres tú como un esclavo a quien castiga un amo cruel, sino un hijo de Dios, Padre que no quiere vengarse sino corregirte. Quiere que tú le digas: "He obrado mal", para darte su perdón, para volver a concederte la vida del alma.

Si por el contrario no hubieses hecho nada malo, si fueses inocente, tampoco deberías rebelarte. En efecto, la idea del castigo no explica siempre las enfermedades y las desventuras humanas. ¿Recuerdas lo que está escrito en el santo Evangelio? Un día encontró Jesús a un ciego de nacimiento, y habiéndole preguntado sus discípulos quién había pecado, si él o sus padres, respondió: "Ni él ni sus padres han pecado, sino que eso era necesario para que manifestasen en él las obras de Dios" (Jo. 9, 2-3). Por lo tanto, también las desventuras del inocente son una manifestación misteriosa de la gloria divina. Para no cansarte con largas reflexiones, mira: ahí tienes a tu Madre Inmaculada y santa; tiene en sus brazos el cuerpo exangüe de su Divino Hijo. ¿Puedes acaso imaginarte que la Virgen de los Dolores lance maldiciones contra Dios; que le pregunte el porqué de tanto sufrimiento? Si aquella Madre no hubiese visto a su Hijo muriendo en medio de los tormentos, no tendríamos hoy la redención, ni habría sido posible para nosotros la salvación.

Para todos vosotros, amados hijos, que aún no sabéis decir el "Amén" de la resignación y de la paciencia, Nós invocamos la bendición de Dios suplicándole mande un rayo de su luz a vuestras almas para que ceséis de oponeros con vuestra voluntad a su pensamiento, a su querer y a su acción; para que adquiráis la convicción de que su divina paternidad sigue siendo amorosa y benévola aun cuando cree necesario el cáliz amargo del dolor.

2. Pero no siempre es así, amados hijos; no siempre se trata de almas rebeldes, de almas que murmuran bajo la presión del sufrimiento. Hay, gracias a Dios, almas llenas de resignación a la voluntad de Dios; hay almas serenas, almas alegres, e incluso almas que positivamente buscan el sufrimiento. De una, en particular, oímos un día la historia, en el refugente Año Santo, cuando nuestros hijos acudían a Nós en número extraordinario de todas las partes del mundo.

Era una joven de veinte años, de origen modesto, a quien el Señor había dotado de gran lozanía y al mismo tiempo de gran candor. Todos se sentían fascinados ante ella, porque esparcía en torno suyo el perfume de una vida incontaminada. Mas un día concibió el temor de poder llegar a ser ocasión de pecado, y habiendo tenido de ello una como certeza interior, fue a recibir a Jesús y en un ímpetu de generosidad le pidió le quitase toda la belleza e incluso la misma salud. Dios la oyó, aceptando la oferta de aquella vida por la salvación de las almas. Nós sabemos que aún vive, bien que ardiendo y consumiéndose como lámpara viviente ante el trono de la justicia y del amor de Dios. Ella no maldice, no murmura. No pregunta a Dios: "¿Por qué?". Tiene siempre la sonrisa en su rostro, mientras en su alma conserva perenne la calma y la alegría. Habría que preguntarle por qué acepta el sufrir, por qué goza con ello, por qué ha buscado los sufrimientos. Y como a ella, habría también que preguntárselo a millares de almas que ofrecen a Dios un silencioso holocausto.

3. ¡Amados hijos e hijas! Si todo el universo, ante vuestra mirada lánguida de enfermos, se contrae, tético y agobiador, el estrecho espacio de una habitación, a la luz de la fe adquiere repentinamente sus inmensas dimensiones. La fe no os hará, ciertamente, amar los sufrimientos por sí mismos, pero os hará entever por cuántos fines nobilísimos puede ser serenamente aceptada y hasta deseada la enfermedad.

Aquel hombre tiene muchas culpas que expiar, o por lo menos tiene manchas en su alma: el sufrimiento le purificará. Aquella mujer joven era ya muy buena, pero no tenía esa fortaleza tan necesaria a quien debe ser esposa y madre: el sufrimiento fue para ella como fuego que le ha dado el temple, confiriéndole gran fortaleza. Tú mismo, quizá, deseaste el martirio: habías anhelado que se te ofreciese la ocasión de sufrir por Jesús: da gloria a Dios: esta aflicción de tu cuerpo es como una efusión de sangre, es una forma real de martirio. Y tú ¿no quieres por ventura asemejarte a Jesús? ¿No quieres transformarte en El? ¿No quieres ser para El instrumento de vida? En la enfermedad puedes hallar la cruz y estar clavado en ella para morir a ti mismo, a fin de que sea El quien viva sirviéndose de ti. ¡Cuántos de vosotros, amados hijos, querríais poder ayudar a Jesús a salvar almas! Pues ofrecedle vuestros sufrimientos según todas las intenciones por las cuales El se inmola continuamente en los altares. Vuestro sacrificio, unido al sacrificio de Jesús, hará que vuelvan al Padre muchos pecadores; muchos infieles hallarán la fe verdadera; muchos cristianos débiles alcanzarán fuerza para vivir integralmente se-

gún la doctrina y la ley de Cristo. Y el día en que se descubra en el cielo misterio de la Providencia en la economía de la salvación, vosotros conoceréis finalmente de cuántas cosas os es deudor el mundo de los sanos.

Y con esto nos despedimos de vosotros, amados hijos e hijas. Pedimos a Jesús, el amigo de los que sufren, que se quede a vuestro lado, que siga morando en vosotros. Pedimos a la Virgen Inmaculada, vuestra amantísima Madre, que os conforte con su sonrisa y os proteja bajo su manto.

Discursos del Santo Padre

— I —

A LAS ENFERMERAS PROFESIONALES Y DE NEUROPSIQUIATRIA

(1 de octubre de 1953)

Con ese sentimiento de predilección que siempre se granjean en nuestro corazón los apóstoles de la caridad, os damos la bienvenida, amadas hijas Enfermeras Profesionales y Asistentes Sanitarias Visitadoras, deseosas como venís de coronar vuestro Convenio Nacional con la Bendición del Vicario de aquel mismo Cristo que vuestra luminosa fe os hace adivinar en cada enfermo enseñándoos a prodigarles algo más y mejor que la simple asistencia profesional, es a saber, el suave calor de la caridad sobrenatural que es, sin duda alguna, la primera y mejor de las medicinas.

Nuestro profundo sentimiento de compasión para con ese extenso mundo de los enfermos, y nuestro deseo de que la actividad profesional sea para vosotras un medio cotidiano de santificación nos compelen a exhortaros a penetrar siempre más y a haceros propio el espíritu de vuestra benéfica asociación, la cual tiene como fin altísimo el sublimar y convertir la profesión en un ejercicio de verdadero y sagrado ministerio; y os obliga, además, acertadamente, a poner todos los medios que estén en vuestras manos para que los principios del derecho natural y cristiano, segura garantía de la libertad y del respeto debido al enfermo, sean tutelados ya en la práctica, ya en la misma legislación.

Estos dos fines o, si así lo preferís, estos dos ideales que inspiran vuestra profesión, mientras deben ser coadyuvados y sostenidos por la pericia técnica en continuo progreso, podrán hacer de cada una de vosotras el modelo de la enfermera. Y para que podáis llegar con más facilidad a tan elevada meta, proponemos como ejemplo al Divino Sanador de todos aquellos que a El recurrían en los trabajos de la enfermedad, al Maestro Jesús. Meditad con frecuencia en las páginas del Evangelio, en esas páginas donde se narran los amorosos encuentros del Hijo de Dios con la humanidad doliente. Escudriñad con mirada pía y amorosa atención, con cuánta piedad se inclinaba hacia los miserables, con qué hondo sentimiento de paternidad los acogía, y con cuánta prodigalidad se ponía

a sus órdenes, recorriendo con frecuencia largos caminos para poder llegarse hasta ellos. Y no paséis por alto el sumo respeto que tenía a la persona y a la libertad de los enfermos al emplear en favor de ellos su poder taumaturgo. El esperar Jesús de ordinario que el mismo doliente le pidiera su curación, quería demostrar no sólo el valor intrínseco de la oración, sino también el respeto que El tenía a la persona y a la voluntad humana. Jesús, en una palabra, no sanaba forzando, sino que esperaba el libre consentimiento a su acción, de la misma manera que como Redentor del género humano no salva sino al que de alguna forma lo quiera.

Adivinar a Jesús en el enfermo, y comportarse con éste como si fuera el mismo Jesús: he aquí el ideal de todo enfermero cristiano. Si ese ideal se consigue, en cada lecho de dolor se verá dos veces la imagen de Cristo: en el enfermo, el Cristo del Calvario, expiante y resignado; y en quien lo asiste, el Cristo compasivo, Divino Médico de las almas y de los cuerpos.

Pero dado que vuestro Convenio eligió como tema de estudio la Neuropsiquiatría en relación con vuestra profesión, desplegando ante vuestros ojos las piadosas condiciones de la categoría de enfermos tal vez más digna de compasión —los enfermos mentales—, e incitándoos a prepararos convenientemente para dedicar a ellos, cuando la ocasión se presente, vuestra asistencia cristiana y profesional, Nosotros también creímos oportuno animaros para que abracéis esta tan elevada y urgente obra de caridad.

El hecho de que la sociedad espere de vosotras la actuación práctica de los vastos programas de prevención y de curación que los científicos y los técnicos de la Psicoterapia han venido proponiendo desde hará unos diez años, en parte ansiosos por el número cada día mayor de esos enfermos mentales, en parte llenos de optimismo en los nuevos sistemas de profilaxis y de cura, que deberían sustituir casi en su totalidad los medios usados hasta hace poco y ahora juzgados ineptos, es, ante todo, un honor para vosotras. Ante esta amplia movilización de la ciencia y de las públicas autoridades para vencer la plaga social de la enfermedad, Nosotros, movidos no sólo por la profunda conmiseración humana que enfermos de tal naturaleza ya de suyo inspiran, sino también por motivos religiosos, queremos hacer manifiesta nuestra particular complacencia por cuanto se hace y se piensa hacer, por obra de entes, organizaciones y ligas, algunas de ellas aun de extensión mundial, como el Comité de Expertos de la Sanidad Mental, a fin de promover eficazmente uno de los bienes fundamentales del hombre, es decir, el equilibrio y la armonía de sus facultades psíquicas.

Es obvio que la salud de la mente, por parte de la naturaleza, es uno de los bienes fundamentales. Pero es de igual modo evidente que lo es también en el campo religioso y sobrenatural. No se puede, en efecto, concebir en un alma el pleno desarrollo de los valores religiosos y de la santidad cristiana si no se tiene como punto de partida una mente sana y equilibrada en sus operaciones; mientras que, por el contrario, no es menos cierto que ninguna tara o minoración física puede impedir la consecución de la más excelsa santidad. Y ¿es acaso necesario recordar la grande estima en que se tiene la salud mental en el pensamiento y en la práctica del Cristianismo? Todo cuanto la Sagrada Escritura dice en loor de la Sabiduría y de la simple cordura humana, cosas que deben preferirse a las fuerzas físicas, a los reinos, a las riquezas (cfr. Sap. VI, 1 et passim), no es más que una valorización de los presupuestos psíquicos, es

decir, de la mente sana. Es sabido, además, en la práctica, que la Iglesia, al paso que permite coartar, por medio de la penitencia y moderada mortificación, algunas facultades y movimientos del ánimo, y tiene como justificadas por motivos de orden más elevado las leves minoraciones físicas, y aun la previsión de una más breve duración de la misma vida a consecuencia de las asperezas de la penitencia, siempre ha rechazado y condenado, en cambio, las formas pseudo-religiosas y pseudo-místicas que podrían turbar el equilibrio psíquico del sujeto. Ella se muestra igualmente solícita en promover, en su tradición pedagógica y pastoral, los mejores métodos que, comprobados por la experiencia, consienten el armónico desarrollo de las facultades espirituales. Hay más: no obstante cuanto el sectarismo de otros tiempos pretendía falsamente afirmar, hoy plenamente se admite que un tenor de vida en conformidad con los preceptos cristianos, cuya observancia requiere muchas veces terribles luchas y sacrificios, luchas que se pueden siempre ganar con la ayuda de la gracia, es la mejor garantía para salvaguardar, en sujetos normales, la armonía del espíritu, mientras que el recuperarla es un reconstituyente de las energías psíquicas agotadas o derruidas. Si es tanta, pues, la estima en que se tiene a la salud mental en el pensamiento y en la práctica católicos, justo es que la Iglesia mire con satisfacción el nuevo derrotero que la Psiquiatría ha tomado después de esta última guerra. Ella bien sabe que el sustraer un espíritu a la demencia, previniéndolo o curándolo, es ganarlo inicialmente para Cristo, pues se le pone en la posibilidad de llevar o volver a ser, del miembro desviado e inerte, miembro consciente y activo de su Cuerpo Místico.

Por lo tanto, llevad siempre presente en vuestro espíritu este nexo humano y religioso de vuestra profesión, cuando tengáis la ocasión de ocuparos de enfermos mentales, o trabajar de alguna manera en este campo, ya que no son tanto las medicinas las que los alivian, sino sobre todo la vecindad de espíritus sanos y armoniosos, capaces de restituirles una visión serena y amigable del mundo y de la vida.

Vuestro carácter de enfermeras, por más que sea esencial en el ejercicio de la cura y de la profilaxis, subordina, sin embargo, vuestra acción a las normas y sugerencias de los psiquiatras, de los cuales, ordinaria y mente hablando, debéis seguir fielmente las indicaciones. Pero tratándose de una materia tan íntimamente relacionada con los derechos de la persona, y siendo generalmente fácil a cada uno formarse un juicio sobre la bondad o malicia de un determinado método de cura, puede ser que encontréis, con un justo discernimiento, algún contraste entre tal método y los principios naturales y cristianos que vosotras profesáis, tanto más que la Psiquiatría moderna está dando pasos muy atrevidos por caminos todavía no plenamente justificados por una larga experiencia. ¿Cómo debéis comportaros en semejantes eventuales conflictos? No es necesario decíroslo si se trata de verdaderos y sagrados derechos naturales. Es, más bien, necesario que conozcáis con exactitud cuáles son esos derechos. Por eso, precisamente, pusimos gran cuidado en exponer los más importantes y fundamentales de ellos con ocasión de un reciente Congreso de Psicoterapia y Psicología Clínica a los ilustres participantes que se reunieron en nuestra presencia. En efecto, dijimos a ellos, y ahora a vosotras lo recomendamos, que la disposición fundamental del psicólogo y del psiquiatra ante el hombre debe ser tal que lo considere: 1. Como unidad y totalidad psíquica; 2. Como unidad estructurada en sí misma; 3. Como unidad social; y, finalmente, 4. Como unidad trascendental, es decir, con

tendencia a Dios. Es evidente que esta última consideración, con frecuencia sujeta a ser menospreciada, dadas las corrientes naturalísticas que aún subsisten, debe, por el contrario, ser mirada con gran respeto por vosotras, ya que os proponéis elevar vuestra profesión al rango de un verdadero y sagrado ministerio. No os olvidéis, por lo tanto, de que la perfección, el equilibrio y la armonía del espíritu humano tienen su plenitud. acá abajo, en la tendencia hacia Dios, y allá arriba en su consecución. Es éste un principio que, en la teoría, os da una completa explicación de la naturaleza humana, y en la práctica os aparta de aquellos métodos de cura que, si, al menos en apariencia, quisieran ayudar, dañan en realidad la parte más noble del hombre. También en aquella ocasión indicamos algún caso concreto, como el de turbaciones psíquicas debidas a una clara conciencia de culpabilidad, curaciones que ninguna cura puede aplacar, sino sólo el religioso arrepentimiento, y el falso método de inducir a considerar como pecado sólo material el ejercicio ilícito de una facultad, cuando coexiste la clara conciencia de esta ilicitud.

Sin embargo, dejando aparte estas divergencias y otras semejantes que pueden surgir entre los modernos sistemas de cura y los principios cristianos, vuestra acción deberá generalmente conformarse con los dictámenes y prescripciones de la ciencia, cuyos adelantos sabréis apreciar y seguir. Esta os pide como primera cosa que creéis en torno del enfermo un ambiente sereno y de amable confianza. Pero ¿quién jamás podrá obtener este resultado si no el que ya vive por sí mismo en la serenidad y armonía de sus propias facultades? Ahora bien, sólo un exímio ejercicio de las virtudes cristianas es capaz de producir esa interior serenidad y ese moderado optimismo que espontáneamente se reverbera en los demás y constituye la mejor ayuda que se pueda dar a un enfermo mental. esos le hacen olvidar fácilmente las infaustas circunstancias de vida que concurren a determinar su enfermedad, y lo hacen más fácilmente que la clínica o el aislamiento.

Si luego, en el campo de la profilaxis, os encontráis colocados junto a cunas sin madre, para colaborar con la extensa acción de higiene mental prevista en los programas modernos, salta a la vista la importancia de la parte afectiva que a vosotros se exige, además de la técnica de observación y control.

Pero ninguna mujer puede sentirse plenamente madre de hijos ajenos y comunicarles aquel afecto que, según un psicólogo contemporáneo, es tan importante para la salud mental, cuanto las vitaminas y las proteínas para la salud física, si ella no encuentra en sí misma un título poderoso de maternidad espiritual.

La fe y la piedad cristianas ofrecen amplio fundamento a este título de madre para con cada hijo de Dios y redimido de Jesucristo. Y el mismo título puede valerle si os colocan como colaboradoras de los maestros en las escuelas, de las asistentes sociales en la fábrica, de los médicos en los asilos de ancianos y en los consultorios, donde la psicoterapia trata de extender su acción profiláctica. En todo lugar no os debe dejar el espíritu de fe, no sólo como escudo de vuestra virtud, sino también como valioso coeficiente de vuestra pericia profesional.

Amadas hijas enfermeras, que por divina vocación o por libre elección habéis abrazado una vida llena de sacrificios en favor de la humanidad doliente, no pretendáis estimar vuestra obra menos de cuanto la estiman Dios y la sociedad humana. Ella es noble y necesaria, está dirigida a procurar el bien del cuerpo y del alma, sirve al tiempo y a la

eternidad... ¡Verdadero y sagrado ministerio! Esta estima, más bien que herir el cristiano sentimiento de vuestra humildad, os debe servir de estímulo y animaros en el duro trabajo, en la inalterable paciencia, en la escrupulosa exactitud; y cuando se trate de asistir a los enfermos mentales, ella sea motivo de generosidad, al ofrendar algo de vuestro mismo espíritu a un infeliz hermano para que renazca a nueva vida.

El candor que irradia de vuestros vestidos y que crea ante los ojos cansados de los enfermos visiones angélicas, sea símbolo y divisa de vuestra vida interior sobrenatural, y sea tal, que os haga verdaderamente ángeles puestos al servicio de los hombres.

Para que estos ideales, que constituyen también nuestros anhelos, se actúen en vosotras y en cuantos se ofrecen para alivio de nuestros amadísimos enfermos, siempre presentes en nuestro espíritu y en nuestras plegarias, elevamos fervientes súplicas a Dios, al tiempo que os damos con todo el corazón nuestra paternal Apostólica Bendición.

— II —

A LOS SACERDOTES QUE TOMARON PARTE EN EL CONCURSO "VERITAS"

Nuestro primer saludo es para vosotros, dilectos hijos sacerdotes peritos en actividades catequísticas. Vosotros, respondiendo con prontitud y con celo a la invitación del Centro Nacional, os habéis reunido en Roma para estudiar los problemas del catecismo: para poner en evidencia las necesidades que urgen en este campo, para considerar convenientemente las fuerzas de que se puede disponer y, en general, para discutir sobre lo que se podría y debería ser realizado por sacerdotes y laicos. Sabemos que mañana, volviendo a vuestras diócesis, os pondréis al servicio de los Obispos y del mismo Centro Nacional, y acudiréis allá donde sean necesarias vuestra ayuda y vuestra obra para organizar la enseñanza catequística en toda Italia.

También nos es notorio que pensáis preocuparos particularmente por las zonas que resulten menos provistas y por lo tanto espiritualmente más abandonadas. Si sabéis superar en la obediencia a vuestros Pastores con espíritu de católica caridad los confines de vuestras diócesis; si sabéis acudir a todo lugar donde haya necesidad de vosotros, Nós quedaremos agradecidos, y desde ya os manifestamos nuestra viva complacencia.

Ya que deseáis de Nós no un complejo de enseñanzas, lo cual sería imposible en esta ocasión, sino solamente una palabra de consejo, hela aquí, aun en su simple brevedad.

En la enseñanza del catecismo se tiene, naturalmente, cuidado de que los alumnos aprendan bien aquello que se les explica; ello es tan indispensable que, si faltase, no se podría hablar de ningún modo de una verdadera escuela catequística. Pero es posible que no exista igual cuidado en ayudar a la mente de los alumnos a emitir el acto de fe; mientras resulta evidente que de nada serviría saber bien si luego no se creyese firmemente cuanto Dios ha revelado y cuanto la Santa Iglesia propone a la fe. Por otra parte —y sobre este punto llamamos particularmente vuestra atención— vosotros catequistas no obtendréis vuestro fin

si no estudiáis la forma de llevar a vuestros alumnos a la práctica de aquello que han aprendido, de aquello que han creído.

Si, por lo tanto, debiéramos dejaros un breve lema para vuestros alumnos, grandes y pequeños, os diríamos: que ellos sepan bien, crean firmemente y practiquen integralmente.

Con estos sentimientos y con renovadas manifestaciones de nuestra paternal complacencia por aquello que hacéis y que haréis, os impartimos de todo corazón nuestra Apostólica Bendición.

— III —

A LOS ALUMNOS QUE TOMARON PARTE EN EL CONCURSO "VERITAS"

Entre tantas competencias de velocidad, de fuerzas y de resistencia, ninguna ha debido alegrar tanto al Corazón Divino de Jesús como la vuestra, queridos hijos vencedores del Concurso "Veritas" de 1953.

Erais doscientos mil estudiantes italianos, y ya este número tan confortante revela el desarrollo de la pródiga institución que nos hemos ya alentado y volvemos ahora a bendecir con toda la efusión de nuestra alma. Tanto más porque el valor de las cifras que nos han mostrado sus organizadores indica un crecimiento cada vez más intenso de interés y de participación en el Concurso "Veritas". En un solo año, por ejemplo, se ha obtenido un aumento de cuarenta mil concurrentes, y algunas particulares metas ya alcanzadas hacen percibir como posible una orientación decidida hacia la casi total participación de los alumnos. En Ivrea, por ejemplo, sobre 2.942 alumnos de las escuelas secundarias, 2.368 tomaron parte en el concurso, y, además, todos los alumnos del trienio superior. En Florencia casi se ha duplicado el número de las clases participantes, mientras en Gaeta todas las escuelas medias de la diócesis se han presentado a los exámenes para el concurso.

Hemos citado tres ejemplos, tomados casi al azar, ya que sería prácticamente imposible describir ni siquiera sumariamente el trabajo realizado y los resultados obtenidos en las diócesis donde tal acción se ha desarrollado con celo tenaz y perseverancia. Alabamos al Centro Nacional de Actividades Catequísticas, exhortando a todos nuestros queridos hijos, los sacerdotes que de él forman parte para multiplicar, si fuese posible, las industrias que podrían conducir a tal fin.

Cuando nos enteramos de que vosotros, amados jóvenes, queríais ver al Papa y de que por ello habíais manifestado vuestro deseo de que Roma fuese elegida como sede de vuestro congreso, nos apresuramos a disponer todo para que la audiencia se llevase a cabo en la mejor forma posible. Por ello hemos querido veros aquí, aparte, para sentirnos más cómodos con vosotros y hablaros más libremente. Quizás ni siquiera imagináis, queridos hijos e hijas, con cuánta alegría os damos nuestra paternal y afectuosa bienvenida, y cómo nos sentimos felices de que la aurora de una tan prometedora y pujante primavera invada hoy la casa del Padre común de los fieles.

Queríamos tener tiempo y posibilidad de entretenernos con cada uno de vosotros; queríamos no ya ceñir vuestra frente de laurel, pero por lo menos fijar una medalla en vuestro pecho para que a vosotros, a

vuestros padres, a vuestros maestros y a todos vuestros compañeros mostrase hasta qué punto el Vicario de Cristo está satisfecho, y por lo tanto hasta dónde el mismo Jesús está contento. Que El os bendiga, como Nós os bendicimos por el esfuerzo silencioso y constante que os ha sostenido durante el certamen, y os ha conducido a la victoria.

Hoy —estamos seguros— vosotros poseéis ya la cultura religiosa que vuestra edad y vuestros estudios permiten. Tenéis por lo tanto, la certeza absoluta de la existencia de Dios, Quien puede hablar a los hombres y hacerse comprender por ellos. Con la ayuda de vuestros maestros, y más aún con vuestro esfuerzo personal habéis llegado a la certeza no solo de la autenticidad, sino también del valor histórico de los Libros Santos. Y ya que os habéis convencido que estos textos auténticos e históricos presentan un verdadero Hombre, que habla como Dios, actúa como Dios, vive y muere como Dios, y resucita como sólo Dios puede resucitar, es decir, por virtud propia, habéis podido —más aún, hebéis debido— expresar con plena conciencia y con serena alegría vuestro acto de fe explícito y solemne.

Pero Nós queríamos que este vuestro firme y alegre creer permaneciese en vosotros de la mismo forma aún cuando lleguéis al pleno vigor de la juventud y cuando la navecilla de vuestra alma podría correr peligros que hoy vosotros ni siquiera imagináis.

¡Queridos hijos e hijas! A principios de este mes, dirigiéndonos a los Asesores Diocesanos Eclesiásticos de la Acción Católica, Nós les hemos recomendado preparar para la Iglesia un ejército de jóvenes héroes dispuestos a cualquier acto de audacia. ¿Queréis también vosotros ser valientes vanguardias de este parífico ejército? ¿Queréis corresponder plenamente a aquello que la Iglesia espera de su juventud estudiosa?

Después del éxito del Concurso "Veritas" os aguarda otra victoria: la victoria sobre un mundo sin Cristo, sin Dios. Pero una batalla como ésa no se puede combatir ni vencer sino mediante una fe viva, íntegra y coherente. "Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra". (1 J. 5, 4).

Ella podría, sin embargo, vacilar por la poca solidez de los fundamentos, despedazarse contra los escollos de la duda y hasta ser sumergida en el fango de las pasiones. Si queréis, entonces, corresponder a todo lo que la Iglesia espera de vosotros, debéis prepararos a sostener vuestra fe y a defenderla con todos los medios.

1. Ninguno pretenderá de vosotros, en extensión y en profundidad, la cultura propia de quien frecuenta un curso regular de teología; de cualquier manera, vosotros debéis huir de ciertos pequeños manuales absolutamente insuficientes para los hombres de cultura, y os guardaréis de una superficialidad que crea fáciles ilusiones y lleva después a las infaltables desilusiones a quien se contenta, por ejemplo, sólo de fórmulas nemónicas.

No hay duda alguna, y Nós aprovechamos con placer la ocasión para insistir en que la juventud estudiosa católica debe destacarse en todos los ramos de la cultura. Lo exige el deber y lo quiere la Iglesia que, hoy como siempre, debe defender a la civilización cristiana y humana de los ataques de un materialismo frecuentemente enmascarado. Pero es en igual modo cierto que el desarrollo siempre creciente de vuestros conocimientos históricos, literarios, científicos, sin la necesaria profundización de la historia podría ser sumamente peligroso a vuestras almas. Por ello, queridos jóvenes, os exhortamos a continuar en el estudio con

el empeño y la constancia que os ha llevado este año a la victoria en el Concurso "Veritas". Nos os sintáis satisfechos mientras no penetréis, el máximo posible, en el íntimo sentido de la verdad verdad religiosa y mientras la verdad misma no haya penetrado profundamente en vosotros, en vuestra inteligencia, en vuestra fantasía, en vuestro corazón, en todo vuestro sér.

2. Este estudio asiduo, atento y profundo, además de asegurar la solidez de los fundamentos de vuestra fe, os hará evitar y superar los escollos de la duda, otro peligro que va al encuentro del alma de los jóvenes.

No queremos hablar aquí de la duda que podríamos llamar "dinámica", la cual es fecunda y constructiva, o sea de la duda que "nace al pie de la verdad" y es estímulo a nuevos estudios y a nuevas conquistas. Nos referimos, en cambio, a la duda "estática", que casi siempre se radica en la ignorancia, o por lo menos en el conocimiento escaso e imperfecto. Por lo tanto será necesario proveer a resolver cada vez y radicalmente todas las dificultades que se presenten y pongan en peligro vuestras certezas, quizá fatigosamente adquiridas. Para llegar a ello debéis servirlos de vuestros maestros, de libros de doctrina profunda y objetiva, de vuestros mismos compañeros cuando fueren más preparados y más prontos que vosotros, sin olvidar que la animada discusión puede ser un óptimo medio para aclarar las ideas propias y ajenas.

No temáis que vuestro anhelo de clarificación, que vuestro espíritu de investigación pueda chocar, como alguno erróneamente piensa, contra el escollo de una verdad científica cualquiera. La verdadera ciencia no puede nunca ser contraria a la fe, porque nunca una verdad puede estar en contraste real con otra verdad, siendo uno mismo el verdadero Dios autor de toda verdad.

3. Agregamos una última palabra, queridos hijos e hijas, y querríamos decir la más con el corazón que con los labios. Demasiadas veces el naufragio de la fe de los jóvenes no es provocado por la poca solidez de la cultura religiosa ni por los escollos de la duda racional, sino más bien por el fango de una pasión que causa estragos —quizá hoy más que ayer— porque el demonio y los hijos del demonio han multiplicado des-

hon las cadenas del vicio impuro que estrechan a tantos jóvenes en mesuradamente las insidias a vuestra virtud.

la oscuridad de una misteriosa cárcel de paredes doradas y les impide ver la luz; es el fango de las malas costumbres que enturbia el corazón de los jóvenes y hace caer sobre sus ojos las cataratas del vicio. Y cuando las almas llegan a ser casi ciegas es necesario un fuerte torrente de luz de la gracia para despejar sus tinieblas y despertarlas de su torpeza.

Escuchad, queridos hijos e hijas, la voz afligida de vuestro Padre; mirad a lo alto como conviene a seres humanos; más aún, impulsad vuestra mirada más arriba, más allá de las estrellas, como deben hacer los hijos de Dios. Vuestra patria está allá en el cielo; allá os espera Dios vuestro Padre con su corona, con su gloria, con su goce.

Decidnos, queridísimos jóvenes, que para conservarlos puros no daréis frente a ningún martirio, ni al martirio de la sangre, ni al martirio incruento, silencioso, al cual asisten los ángeles de Dios. Solicitad a María, Madre Purísima, la fuerza de conservaros inmaculados en medio de tanta fealdad, en medio de tanto fango.

Confortaos en la certeza de que no estáis solos en la lucha y en la victoria. En el lamentable espectáculo de tinieblas y de muerte es ya

bastante visible una escena de luz y de vida. Si miráis bien en torno vuestro, descubriréis una verdadera multitud de jóvenes empeñada en el mismo combate y lanzada hacia la misma victoria, flores perfumadas y llenas de encanto en su escondida belleza.

No importa si, predilectos de Dios, serán para siempre flores en la consagración de toda la vida; o si, después de una juventud inmaculada, fructificarán en un hogar bendecido por el Señor.

Cierto es que este florecer de pureza no es fácil encontrarlo fuera del jardín de la Iglesia; y así vosotros, queridos jóvenes, además de procuraros una protección para vuestra fe, seréis otra prueba de que la humanidad de hoy, si quiere salvarse del naufragio, debe mirar a la Iglesia como a un único y válido timonel.

— IV —

A LOS MEDICOS MUNICIPALES

(4 de octubre de 1953)

Al comienzo de vuestro curso de modernización, promovido por la benemérita Sección Romana de la Asociación de Médicos Católicos Italianos, habéis expresado, amados hijos, el deseo de ser recibidos por Nós, deseo que origina en nuestro corazón un eco del amor paterno y de viva complacencia.

Entre las muchas audiencias que científicos de todo saber y profesionales de toda disciplina suelen solicitarnos, aquellas que competen a los médicos son particularmente reiteradas y diversas, ya que concierne a las más distintas especialidades en las cuales es rico el campo de su ciencia. Para no citar más que hechos recientes, son del mes pasado las audiencias, una a los genetistas del Primus Symposium Geneticæ Medicæ, y la otra a los miembros del VI Congreso Internacional de Microbiología; médicos, por tanto, los primeros, y también médicos los segundos. Expertos médicos, como sois vosotros, no se os habrá pasado por alto advertir la coincidencia que aquí ha conducido, en breve espacio de días, a estudiosos que desarrollan sus investigaciones en dos ramas así evidentemente complementarias, como es la de la etiología endógena de las enfermedades hereditarias y la de la etiología exógena de las enfermedades infecciosas y parasitarias.

Mas, dicho esto, queremos añadir que vosotros, Médicos Municipales, nos ofrecéis una desacostumbrada ocasión, esto es, la de considerar no uno u otro aspecto particular de la ciencia y del arte sanitario, sino la profesión médica con una mirada única y sintética. De hecho, los Médicos Municipales representan una categoría que profesa la medicina del modo más amplio, llevando al enfermo todos los posibles socorros que la ciencia y el arte médico están hoy en grado de ofrecer.

En tanto que una gran parte de vuestros colegas se han especializado en las ramas fundamentales (medicina interna, cirugía obstétrica) o también en otros múltiples perfeccionamientos, vosotros continuáis en el cultivo y en la práctica de la medicina general, prosiguiendo en la vida de la profesión aquella normalización polivalente que el programa de los estudios universitarios traza y exige para la formación del médico.

Esta característica de vuestra profesión nos parece digna de ser notada, ya en el aspecto científico, ya en el social y espiritual. Si es cierto

que la especialización de los estudios médicos es necesaria, a fin de que puedan avanzar los conocimientos científicos y las posibilidades terapéuticas, es también cierto por otro lado que una especialización exagerada puede ser nociva o por el lado doctrinario o el práctico, pues impide examinar a fondo aquella completa armonía e interdependencia, aquellos equilibrios y leyes que aúnan órganos, aparatos y sistemas en la economía del organismo humano, el cual no es un conjunto de partes sino una íntima cohesión de estructuras y de funciones. Tanto que, y desde hace mucho tiempo, la medicina ha inventado un término para indicar esos fenómenos de construcción y correlación del cuerpo humano, que le confieren un carácter unitario, y al mismo tiempo le imprimen una marca individual a cada organismo. Este término, como vosotros bien sabéis, es aquél de "constitución" ya delineado en las expresiones de la medicina antigua como "humor", "temperamento" y otros semejantes. en esa condición, vosotros sois los guías y custodios del espíritu unitario, cuya necesidad advertís y que ponéis por obra, de hecho, en vuestra práctica profesional.

Por el lado social, el Médico Municipal, que con frecuencia es también Oficial Sanitario, o que también ejerce tales funciones, debe no solamente ocuparse de las enfermedades en el acto, sino estudiar también el lugar, las personas y las cosas, que en cuanto se refiere a la higiene y a la profilaxis. El se encuentra, por tanto, en estado muy favorable para recoger y considerar las relaciones del hombre en el conjunto de la vida social que se manifiesta a su mirada con sus aspectos positivos y negativos. Por esto, su intervención no es siempre solamente médica sino frecuentemente también social; y en este campo él está dotado de nociones tan importantes y está revestido de una autoridad moral tan reconocida, que en las actuales divergencias puede ofrecer señalados servicios a la comunidad, propagando el espíritu de respeto hacia la persona humana donde el egoísmo tiende a oprimirla, y el espíritu de objetividad donde la demagogia altere la planteación de los problemas, impidiendo una razonable solución.

Vosotros, en fin —y con vosotros otros beneméritos profesionales— continuad siendo aquellos médicos de familia que conocen no sólo las vicisitudes patológicas de los individuos pertenecientes a generaciones sucesivas, sino también los aspectos espirituales, ideológicos y, por así decir, "caracteriológicos" de cada linaje, de manera que estéis en situación de valorar al hombre en su propia naturaleza de alma y cuerpo co-existent en el complejo humano y sujetos a recíproca influencia. Según la naturaleza el alma y el cuerpo no están de hecho en oposición, sino en íntima y constante colaboración; y así, pues, cuando se os presente la ocasión de favorecer a las almas —y suele ser tan frecuente— debéis actuar con la convicción de aportar una gran contribución a todo el hombre, no sólo por la parte espiritual, sino frecuentemente también por la mejor eficiencia de su organismo. Cuando después el cuerpo, al cual de todas maneras habéis defendido de las insidias de la enfermedad, sucumba a la ley universal de la muerte, lejos de sentir sobre vosotros como el peso humillante de una derrota, debéis pensar que os queda la posibilidad de llevar al enfermo la ayuda extrema y más importante, llamando a su cabecera al sacerdote, el cual abrirá el umbral de una vida divina que no conoce ocaso.

Vuestro arte, que —como es sabido— fue llamado por un patriota humanista, tal vez en són de chanza "miserio" y "quebrantado" es todo

noble y completo, si bien no siempre apreciado como se merece. Cuando la enfermedad reviste una cierta gravedad, ordinariamente no va el enfermo al Médico Municipal, sino éste debe presentarse a aquél, afrontando largas y también hoy día no pocas veces incómodas travesías. Con frecuencia él confina su vida entera y la de sus familiares en lugares apartados. A estos problemas se añaden otros no menos graves ni menos urgentes, de naturaleza económica, que tienen relación con la organización local y general de la asistencia sanitaria. Mientras la estimación de vuestro oficio y la ayuda al necesitado miran a la colectividad y a la autoridad que la dirigen, vuestro esfuerzo va enderezado a lograr más competentes y, por tanto, más eficientes vuestros servicios profesionales. Es cabalmente cuanto estáis haciendo con tanto empeño, mediante libros, periódicos, conferencias, visitas a hospitales e institutos y, ahora, mediante el curso de actualización dirigido por tan ilustres científicos, para el cual habéis venido a Roma.

Guardad por vuestra importante misión y por este proyecto de estudio nuestra más viva satisfacción, en tanto que, en confirmación de vuestras intenciones y para sostenimiento de vuestras voluntades, invocamos sobre vosotros, sobre vuestros alumnos, sobre vuestros familiares y sobre la más extensa familia de vuestros enfermos, las muy estimables bendiciones de Dios.

— V —

AL CONGRESO DE UROLOGIA

(9 de octubre de 1953)

Os saludamos, señores que, con motivo de vuestro Congreso de Urología, habéis querido proporcionarnos el placer de vuestra visita.

Representáis una especialidad de la medicina, y tratáis de que a este campo especial de la ciencia y del arte médico le sea reconocido el lugar que le corresponde, tanto en los estudios médicos como en la dotación de las grandes clínicas. Hacemos votos porque vuestros proyectos tengan el éxito que efectivamente merece el objeto altamente importante de vuestra ciencia. Para vosotros, se trata además de atender a la enfermedad humana y de salvaguardar, conservándolos en su profesión, la capacidad de trabajo de hombres que tienen todavía una grave tarea que llevar a cabo.

Nos habéis pedido que expliquemos dos cuestiones. La primera de ellas se refiere a vuestra práctica médica, y la segunda a vuestra actividad de expertos: "periti, peritiores, peritissimi", en los procesos matrimoniales.

1. La primera cuestión nos la habéis planteado bajo la forma de un caso particular, típico, sin embargo, de la categoría a que pertenece, o sea, la amputación de un órgano sano para suprimir el mal que aqueja a otro órgano o, por lo menos, para detener su ulterior desarrollo con los sufrimientos y peligros que entraña. Os preguntáis si ello está permitido.

Por lo que se refiere a vuestro diagnóstico y a vuestro pronóstico, no toca a Nós ocuparnos de ellos. Respondemos a vuestra cuestión suponiendo que ambos son exactos.

Tres cosas condicionan la licitud moral de una intervención quirúrgica que supone una mutilación anatómica o funcional: en primer lugar, que el mantenimiento o el funcionamiento de un determinado órgano en el conjunto del organismo provoque en éste un daño serio o constituya una amenaza; además, que este daño no pueda ser evitado o, al menos, disminuido notablemente, más que con la mutilación en cuestión, y que la eficacia de ésta se halle bien garantizada; por último, que razonablemente pueda descontarse que el efecto negativo, es decir, la mutilación y sus consecuencias, se vea compensado por el efecto positivo: supresión del peligro para el organismo entero, reducción de los dolores etc.

El punto decisivo no consiste en que el órgano amputado o paralizado esté enfermo en sí mismo, sino que su conservación o su funcionamiento entrañe directa o indirectamente para todo el cuerpo una seria amenaza. Es muy posible que, con su funcionamiento normal, un órgano sano ejerza sobre un órgano enfermo una acción nociva de tal naturaleza que agrave el mal y sus repercusiones sobre todo el cuerpo. Puede ser, además, que la eliminación de un órgano sano y la supresión de su normal funcionamiento quite el mal, al cáncer, por ejemplo, su terreno de desarrollo o, en todo caso, altere esencialmente sus condiciones de existencia. Si no se dispone de ningún otro medio, la intervención quirúrgica sobre el órgano sano está permitida en ambos casos.

La conclusión que acabamos de sacar se deduce del derecho de disposición que el hombre ha recibido del Creador en relación con su propio cuerpo, de acuerdo con el principio de totalidad, válido aquí también, y en virtud del cual cada órgano particular se halla subordinado al conjunto del cuerpo y a él debe someterse en caso de conflicto. Por consiguiente, quien ha recibido el uso de todo el organismo tiene derecho a sacrificar un órgano determinado si su conservación o su funcionamiento causa al todo notable daño, imposible de evitar de otra manera.

Puesto que aseguráis que, en el caso planteado, tan sólo la eliminación de las glándulas seminales permite combatir el mal, esa eliminación no entraña ninguna objeción desde el punto de vista moral.

(Al llegar a este punto, el Santo Padre, para prevenir una errada aplicación del principio antes expuesto, habló de un caso especial que no se relaciona, por lo tanto, directamente, con la cuestión ahora tratada).

2. La segunda cuestión que nos proponéis concierne, como ya Nós hemos dicho, a vuestra actividad como expertos en los procesos matrimoniales.

El principio decisivo se deduce de la naturaleza y de la finalidad de esta actividad. Así, pues, que conforme a ello diga el experto lo que sus conocimientos médicos le imponen decir, y que lo diga con los matices y distinciones exigidas por su saber. Las conclusiones que se derivan de la pericia médica para la sentencia judicial no son de la competencia del *peritus* o *peritissimus*.

El juramento que ha prestado obliga, pues, al médico especialista a proponer en su alma y conciencia, al tribunal, lo que ha encontrado, y a dar su opinión a este respecto: que presente los hechos médicos como hechos, su interpretación médica como una interpretación, las conclusiones médicas como tales, y las opiniones médicas como opiniones. Este último término designa las declaraciones del cliente al médico, con las que éste, gracias a su competencia, obtiene tal vez esclarecimientos, en los que probablemente el mismo cliente no ha pensado en absoluto, y que el profano, o incluso el juez desprovisto de formación médica, no

perciben. El especialista debe dar su opinión de tal manera que los matices indicados sean claramente perceptibles.

(A continuación, el Santo Padre dio algunas explicaciones más amplias de carácter técnico que, en cuanto a la segunda cuestión, podían resultar útiles para quienes la habían planteado, y terminó diciendo):

Creemos haber dado ya respuesta a vuestra cuestión al explicar las normas generales; pero Nosotros queremos insistir una vez más sobre cuanto sigue: cuando el experto en su informe relata en términos médicos declaraciones de testigos, no introduce en esas declaraciones elementos que no aparecían en ellas, sino que extrae los que encerraban, lo que el profano difícilmente podría deducir. En el caso presente "de nullitate", el experto médico no falsifica ciertamente los hechos al traducir en expresiones técnicas las sinceras declaraciones de la esposa. Un juicio global que se apoya en la totalidad de los elementos adquiridos, pero que menciona de paso la opinión del *peritus* y del *peritissimus*, no merece ciertamente ninguna crítica. Sin embargo, esta nota personal debe aparecer como tal para el juez.

He ahí lo que Nosotros creemos deber contestar a vuestras cuestiones. Quisiéramos, en fin, llamar vuestra atención sobre esto: cuando sois invitados a testimoniar como expertos en una causa matrimonial, considerad desde un punto de vista superior el sentido de vuestra colaboración: por un lado, concurre a salvaguardar la santidad del matrimonio y, por otro, sostiene el concienzudo esfuerzo para conservar a hombres que quizá se encuentran en gran aprieto, la libertad a la que tienen derecho personal ante Dios y ante los hombres. ¡Ojalá que la Bendición de Dios Todopoderoso, que todos los días descubrís en su obra creadora, descienda abundante sobre vuestras investigaciones y vuestra actividad médica.

— VI —

A LA ASAMBLEA DE LA INDUSTRIA DE FIELTRO

(28 de octubre de 1953)

Con motivo de la Conferencia Central Europea de Fabricantes de Fieルトros habéis manifestado, señores, el deseo de reuniros a nuestro lado. Nosotros sentimos dichosos de saludar, en vuestro selecto grupo, a los representantes de diez naciones diferentes, todos ellos interesados en los problemas de una industria muy especializada y muy importante, particularmente en relación con las máquinas para la fabricación de papel, pero también para la producción de compuestos de cementos y fibras que se conocen generalmente con el nombre de "Eternit".

En contra de lo que pudiera creerse, la industria del papel, en la que vosotros colaboráis, es muy anterior a la invención de la imprenta. Un ministro chino del siglo II antes de Jesucristo dio, al parecer, las primeras fórmulas; y el historiador puede seguir las etapas que, a través del Turquestán y de África del Norte, la aproximaron a Europa, donde penetró gracias a los árabes a fines del siglo XII. Así, pues, detalle notable, ya desde esa época se utilizaban fieルトros para recibir la hoja de papel al salir del molde. Aquellos fieルトros, en verdad, diferían mucho de los que requiere hoy la industria del papel, pues no constituían un

verdadero tejido, sino una simple amalgama de fibras como aún se usa para numerosos trabajos comerciales o técnicos. Desde el día en que se quiso proceder a la obtención continua de papel por procedimientos completamente mecánicos, se sintió la necesidad de un soporte capaz de resistir a la tracción y de acompañar a la hoja en las evoluciones y operaciones diversas por las que había de pasar. Se transformó, por lo tanto, la industria del fieルトro y se experimentaron los diversos procedimientos capaces de darle una consistencia semejante a la de las más sólidas telas, aunque manteniendo sus cualidades específicas.

La función del fieルトro que recoge la pasta blanda destinada a convertirse en hoja definitiva es, en efecto, una de las más delicadas, ya que debe absorber una gran parte del agua, que la pasta contiene con exceso, asegurando al mismo tiempo por su morbidez y por la regularidad de su superficie la formación de una hoja homogénea e ininterrumpida. Se concibe que esta hoja debe ser diferente, según que la pasta arrastrada haya de convertirse en papel periódico o papel para envolver, papel de lujo o papel corriente, cartón para embalaje o papel para dibujo. Su materia prima debe ser excelente, y su confección muy cuidada con el fin de que conserve en todos sus puntos el mismo espesor, el mismo absorbente, la misma elasticidad no obstante las tracciones y presiones que sufre constantemente, y no obstante los efectos del agua caliente que elimina y los productos químicos que contiene.

Por lo tanto, la fabricación de fieルトros destinados a las enormes máquinas de las modernas industrias papeleras requiere especialización de oficio, mucho más complicado que los oficios ordinarios. Además, la composición de una hoja perfectamente apta para el uso especial a que se le destina, exige un estudio minucioso de las fibras por emplear y combinar, ya sean de origen mineral, vegetal, animal o sintético, con objeto de que sus cualidades complementarias confieran al producto manufacturado todas las características requeridas por quien ha de utilizarlo. Semejante industria requiere en nuestros días gabinetes de física y química dotados de aparatos de observación y experimentación muy varios. Emplea personal muy especializado, instalaciones considerables, y pone en juego intereses materiales y humanos a cuyo servicio vuestra organización internacional cuida de proveer.

A causa, por consiguiente, del importante lugar que vuestra especialidad ocupa en la vasta industria del papel, la cual es cada día más considerable, no sin emoción nuestra imaginación evoca los auténticos ríos de pasta que arrastran incesantemente los fieルトros que fabricáis. Bosques enteros, nos dicen las estadísticas, son englutidos por los inmensos recipientes en los que a diario se elabora la pasta de madera destinada a proporcionar el papel corriente de los periódicos y de las imprentas modestas. Recogido en grandes bobinas a la salida de los fieルトros, será enviado sin tardanza a las rotativas de la gran prensa, algunos de cuyos periódicos consumen varias toneladas diarias.

De allí sale el alimento intelectual de las multitudes que no leen más que periódicos, y a menudo un solo periódico. Ciertamente, señores, nada tenéis que ver con la calidad de cuanto imprimen los clientes de vuestros clientes. Observáis, como Nosotros, la inmensa potencia conferida por la imprenta a hojas incontables, que mañana y noche devoran los ojos de cientos de millones de hombres en toda la superficie de la tierra. A menudo encuentran en ellas excitantes para sus pasiones, pues adulando es como muchos escritores aseguran su éxito; pero pueden encon-

trar también en ellas, gracias a Dios, la defensa de la justicia, la apología de la virtud, la invitación a la comprensión y a la colaboración mutua, al amor recíproco, los únicos cimientos sobre los que los hombres pueden edificar la ciudad del porvenir.

Así es como Nós vemos la evolución normal de la civilización moderna invitando a los hombres a aproximarse entre sí, a conocerse, a estimarse y ayudarse por encima de las fronteras materiales y morales que pudieran separarlos. Y por ello Nós acogemos con alegría todas las realizaciones del tipo de la vuestra, señores, convencidos de que esa evolución es querida por Dios, que ha creado a todos los hombres, hermanos de raza y sociables por naturaleza, que ha contribuido a multiplicar los lazos de amistad, como prenda de una mejor comprensión entre las naciones y de una mejor inteligencia de los intereses comunes.

Que vuestra asociación, basada en un acuerdo espontáneo, dé los diversos frutos que Nós le auguramos, de manera que os lleveis de Roma el recuerdo de una feliz estancia y de un enriquecimiento espiritual.

Y con el fin de que nuestros deseos reciban la sanción del Todopoderoso, Nós imploramos para vosotros, para vuestras familias, para todos vuestros seres queridos y para cuantos deseáis recomendar a nuestras oraciones, las más abundantes bendiciones.

— VIII —

A LOS PREMIADOS EN EL CONCURSO DE APOSTOLADO

(4 de noviembre de 1953)

La gran multitud de hijos nuestros que procedentes de todas partes de Italia y del mundo viene a visitar al Padre Común, a expresarle su afecto y recibir la consoladora Bendición, nos obliga —como sabéis— a recibirlos las más de las veces juntos en audiencia general; y así en la tarde de hoy acudimos presurosos a su encuentro para bendecirlos con toda la efusión de nuestro corazón.

Sin embargo, hemos querido recibirlos en audiencia especial a vosotros, amados jóvenes, porque deseábamos conocerlos personalmente y manifestaros toda nuestra alegría y nuestra paternal complacencia.

Bien sabemos Nós con cuánta seriedad se preparan y se desenvuelven las competencias de cultura religiosa entre los miembros de las asociaciones parroquiales o bien de estudiantes, rurales, artesanos y otros trabajadores. Pero vosotros habéis tenido la habilidad de sostener y superar también las pruebas de las diversas "eliminadoras" diocesanas y regionales; sois los vencedores absolutos; y Nós, por lo tanto, podemos saludar en vosotros a los mejores de los quinientos cincuenta mil jóvenes que han tomado parte en estas pacíficas batallas.

¡Amados hijos! No queremos repetir aquí cuánto nos preocupa la cultura religiosa de todos los fieles, y de modo especial de los católicos militantes. Hemos tenido ocasión de afirmarlo una vez más últimamente al recibir a vuestros Asistentes Eclesiásticos, a los sacerdotes peritos en actividades catequísticas, y a los estudiantes vencedores del Concurso "Veritas". Hoy deseamos aprovechar esta breve reunión para deciros cómo quisiéramos que vosotros y todos los jóvenes de Acción Católica po-

seedores de la verdad, sintierais la necesidad de ser sus asiduos divulgadores. Quisiéramos que en el acto de recibir de nuestras manos el "galardete" os comprometierais a multiplicar los esfuerzos para llevar de nuevo luz y certeza a tantas almas aprisionadas en la espiral de la duda y en peligro en la tinieblas.

Mirad a vuestro alrededor, amados hijos: por todas partes encontraréis almas desorientadas, por estar poco iluminadas; las encontraréis en la escuela, en el taller, en los campos. Y la ignorancia religiosa no es solamente la llaga de los ausentes y de los apartados: en efecto, también quienes frecuentan las iglesias y se acercan de vez en cuando a los sacramentos tienen a menudo nociones tan erradas e insuficientes, que hacen temer que bastarán las ocupaciones y las preocupaciones cotidianas para sofocarlas; y ello cuando no sobrevenga —como ocurre frecuentemente— el viento gélido de la duda y la tormenta de las pasiones para que se derrumbe el ya poco sólido edificio de su cultura religiosa. Considerad, por ejemplo, la casa donde vivís o vuestro pueblo; calculad cuántos se hallan casi completamente en ayunas de todo alimento de la palabra de Dios o muy escasamente alimentados. Esta ignorancia explica algunas —de otra forma inexplicables— imprudencias, algunas desviaciones y por desgracia algunas reales, aunque no sean perfectamente conscientes y no confesadas, apostasias. En efecto, cuando el Sumo Pontífice, la Iglesia, dan instrucciones precisas sobre las cuestiones que tienen el derecho y el deber de tratar, tan sólo la ignorancia puede conducir a ciertas actitudes de resistencia, pasiva y activa, si se quiere excluir en algunos la protervia y la mala fe.

¡Amados hijos! La Iglesia celebra hoy la fiesta de San Carlos Borromeo, sumo pastor de almas, cuya actividad pastoral suele ser recordada como una de las más intensas, laboriosas y fecundas. Al cabo de cuatro siglos aún son visibles las huellas de su paso en las parroquias de su vasta arquidiócesis, y la herencia espiritual por él dejada a la Iglesia ambrosiana constituye aún hoy la maravilla de cuantos la conocen. Pues bien: cuando quiso proceder a la renovación del pueblo reformando las costumbres y procurando volver a la gracia de Dios a las almas de los fieles, cuidó ante todo de que tuvieran un conocimiento completo y profundo de las verdades cristianas, y con ese fin creó una verdadera "organización" de enseñanza religiosa a los niños y a los adultos.

No cabe duda de que por el mismo camino debe proceder todo pastor de almas que quiera seriamente resolver el problema del renacimiento espiritual de su pueblo, como lo requiere urgentemente nuestro tiempo. Muchos así lo hacen ya; otros se disponen a hacerlo. Es necesario que encuentren en los que militan en la Acción Católica toda la ayuda posible.

Tal vez vuestra ocupación ordinaria no será siempre la de ser elegidos y utilizados como maestros de catecismo para los más pequeños; para ellos el párroco buscará a menudo colaboradores en las ramas femeninas de la Acción Católica. Más bien, tras una preparación conveniente, podríais ser utilizados —bajo la guía, con el consejo y la asistencia de los sacerdotes— para la instrucción religiosa de los adolescentes que no frecuentan la asociación pero que entran igualmente en el ámbito de vuestra actividad, con ocasión, por ejemplo, del deporte y de las diversiones en general. Mientras tanto, para el catecismo de los niños, para la catequesis a los adultos, para los cursos de cultura religiosa a las dife-

rentes clases y categorías, existe toda una obra de preparación, de conquista, de organización en general, a la que estaréis dispuestos a dar el aporte de vuestro tiempo libre y de vuestras múltiples capacidades.

Hay además una labor de la que nadie debiera considerarse dispensado: la labor de acercamiento individual, alma con alma, en todo lugar y en todas las circunstancias. Quisiéramos que nadie hablase con vosotros, tratase con vosotros, trabajase con vosotros, sin recibir de ello un rayo de luz cristiana en la mente.

Por esto insistimos en la necesidad, urgencia y eficacia de la labor "capilar" que debe hacerse sobre base misionera, en colaboración con las diversas ramas de la Acción Católica y con los militantes de todas las demás obras. Haced, amados hijos, que por vuestra mediación Jesús penetre, Maestro y Salvador, adondequiera que tiene derecho de entrar, adondequiera que haya almas que, incluso sin darse cuenta de ello, esperan y anhelan unirse a El.

— IX —

CONCURSO NACIONAL DE CULTURA RELIGIOSA EN ITALIA

(4 de noviembre de 1953)

Nuestro primer cordial saludo es para vosotros, amadísimos hijos, jóvenes de Acción Católica, vencedores del Concurso Nacional de Cultura Religiosa. La presencia de multitudes cada vez más numerosas de fieles nos ha obligado a reservar la audiencia especial de esta mañana a los ochenta compañeros vuestros victoriosos en las "eliminadoras" diocesanas y regionales. No por ello, sin embargo, habéis de pensar que sois menos preferidos por nuestro paternal corazón. Nós amamos con tiernísimo afecto a todos los jóvenes de Acción Católica, porque todos ellos son nuestro gozo y nuestra corona.

A vuestros Asistentes Eclesiásticos diocesanos Nós confiamos, no hace mucho, nuestras esperanzas en vosotros, nuestras ansias y nuestros deseos. Hoy nos limitamos a insistir en la absoluta necesidad para vosotros de apretar las filas y de ser, como son vuestro deber y vuestra aspiración, pacífico y audaz ejército, listo ante cualquier indicación de la Iglesia, ante cualquier indicación del Papa.

Esta prontitud y esta audacia en la ejecución de los mínimos deseos del Vicario de Cristo ha sido siempre una de las gemas más refulgentes en la corona áurea de la juventud italiana de Acción Católica: generosamente dispuesta a cualquier sacrificio, con el fin de que ese esplendor no sea ofuscado y de que esa gloriosa tradición no se vea interrumpida.

Si la juventud católica llegara a dudar o discutiera cuando la Iglesia y el Papa dan enseñanzas y normas, no sería digna de su historia y de sus glorias. En la historia de la Iglesia —como sabéis— ha habido siempre períodos difíciles y sumamente turbios. Casi siempre se trataba de algunos problemas que exigían con urgencia una solución adecuada. Recordad las invasiones de los bárbaros que amenazaban aplastar la nascente civilización cristiana; pensad en las luchas por la libre elección del Romano Pontífice contra las abusivas ingerencias de imperios, soberanos y de familias poderosas; traed a vuestra mente el nefasto cisma de

Occidente, el filosofismo y toda la apostasía progresiva que tiende a la completa descristianización de la sociedad humana.

En esos períodos, quien se hubiera detenido ante las apariencias habría creído en peligros reales para la existencia o por lo menos para la obra de la Iglesia entre los hombres; de hecho, sin embargo, con la ayuda de su Divino Fundador y Jefe invisible, encontró y encontrará hasta la terminación de los siglos incluso ocasiones de avanzar: una precisión cuidadosa de su doctrina, un admirable resurgimiento de santidad en lo interior, y la extensión de su apostolado en otras tierras, gracias a sus misiones. Al lado de los prevaricadores Dios suscita santos; a los herejes opone los doctores; la violencia de los emperadores autócratas es contenida por la audacia de los Pontífices; mientras que a la llamada reforma protestante se contraponen la grandiosa obra de la restauración católica.

¡Amados hijos! También hoy pasa el mundo por uno de sus períodos más graves; y no es ésta la primera vez que señalamos el hecho a los hombres atónitos ante el contraste entre las luces de un gigantesco progreso técnico y las tinieblas de una funesta decadencia moral, no solamente por una audacia cada vez mayor en la moda, en las figuras en los espectáculos, sino también por la progresiva negación de las verdades fundamentales en las que descansan el Decálogo divino y la conducta cristiana de la vida. Parece como si las estructuras humanas hicieran cada día más difícil a las almas el camino hacia el conocimiento, el amor y el servicio de Dios, hacia el fin último que es la posesión de El en su gloria y su felicidad.

Frente a tanta desorientación y tanto odio y tantas tinieblas se encuentra permanentemente vigilante la Iglesia con su luz y su amor.

Y en la Iglesia —Nós lo sabemos— legiones innumerables de almas selectas están dispuestas a cualquier empresa, a cualquier holocausto para ayudarla a salvar una vez más al mundo.

¿Queréis, dilectísimos jóvenes, ser vosotros, con los quinientos cincuenta mil compañeros vuestros desparramados por toda Italia, las vanguardias de un juvenil ejército constructor?

¿Estáis dispuestos a demostrar vuestro amor a la Iglesia y al Papa? Hay quienes mueven una guerra terrible, con pérfida estrategia y táctica malévolas. ¿Queréis vosotros combatir por ella y con ella?

Mueren los hombres, inclusive los que parecían inmortales; se derrumban las instituciones humanas; se suceden unos a otros los más inesperados crepúsculos. Y todo nuevo amanecer lo presencia serena la Iglesia, besada por el surgir de todo nuevo sol.

— X —

"CONFEDORAFI": ORFEBRES, PLATEROS, RELOJEROS Y SIMILARES

(9 de noviembre de 1953)

Bien sabéis, amados hijos, que cuando nos es dado recibir grupos profesionales como el vuestro no dejamos de poner de relieve más especialmente la importancia moral de su actividad. Y así también esta vez, habiendo querido vosotros, al final de vuestro cuarto congreso nacional, darnos una prueba de vuestra devoción, Nós sentimos la satisfacción de

corresponder a vuestro grato homenaje ofreciéndolos algunas reflexiones sobre el valor espiritual y social de vuestra obra.

Podrían creer algunos que vuestro arte es el fruto de una civilización demasiado refinada, en la que no desempeña más que un papel totalmente accesorio y superficial. Y, sin embargo, ¿no se han descubierto acaso en algunos depósitos de la edad neolítica pequeños ornamentos de oro burdamente trabajados con instrumentos de piedra?

Tumbas con varios milenios de antigüedad encierran a veces, collares, anillos, brazaletes de fina factura, obras maestras de los orfebres de aquellas épocas, que son testimonio de un gusto, de una exquisitez y de una habilidad técnica considerables. Este arte se ha perpetuado a través de todos los períodos de la historia, según el progreso o la decadencia de la civilización. ¿No es ésta la prueba de que los trabajos de orfebrería corresponden a deseos profundos del hombre, y en primer lugar al de dar a una materia preciosa y duradera una forma artística o a una idea, una expresión imperecedera? Ya se trate de un objeto de adorno o de un instrumento destinado al servicio del hombre, su carácter raro y a veces único confiere especial esplendor a las personas que de él se sirven o a las circunstancias en que es utilizado. ¿No es acaso verdad que en la vida de los individuos y de las sociedades hay coyunturas excepcionales en las que la belleza del aparato exterior debe corresponder a la viveza interior de los sentimientos? Cuando se quiere poner de relieve más marcadamente la dignidad de la persona humana y su eminente grandeza, o bien poner muy en evidencia los servicios que ha prestado a la comunidad, se recurre a las obras de vuestro arte, no solamente por su materia preciosa sino también por su misma concepción y por la perfecta ejecución, que reproducen en forma excelente la idea que quiere expresarse.

De ahí que vuestro arte requiera —a más de los conocimientos profesionales indispensables que os permiten realizar las obras más delicadas— el dón de la invención original, fruto de una imaginación guiada por un gusto seguro y largamente educado. Ese es el alto valor cultural representado por el ejercicio de vuestra profesión.

Por consiguiente, no sería justo considerarla inútil en sí misma, o incluso nociva, ver en ella una injuria a la pobreza y casi como un desafío lanzado a quienes no pueden participar de ella. Indudablemente, en este campo más que en otros es fácil el abuso. Demasiado a menudo, no obstante los límites que la recta conciencia fija para el uso de las riquezas, se ve a algunos hacer alarde de un lujo provocador, carente de cualquier significado razonable y destinado únicamente a la satisfacción de una vanidad que ignora y por ello mismo insulta a los sufrimientos y necesidades de los pobres. Pero, por otra parte, injusto sería condenar la producción y el uso de objetos preciosos siempre y cuando correspondan a un fin honesto y conforme a los preceptos de la ley moral. Todo lo que contribuye al embellecimiento de la vida social, todo cuanto pone de relieve sus aspectos gratos o solemnes, todo lo que hace resplandecer en las cosas materiales lo perenne y noble del espíritu merece ser respetado y apreciado.

¿Acaso la Iglesia Católica no ha dado a menudo a los orfebres la oportunidad de ejercer en las más diversas formas su arte? En el tesoro de las grandes catedrales, y no raramente también en modestas iglesias, se admiran cálices, custodias, cruces y relicarios adornados a veces de piedras y esmaltes, obras de artistas famosos o de simples artesanos que

en ellas han prodigado toda su habilidad, todo el virtuosismo de su técnica, pero también toda su piedad, y que han querido expresar con el trabajo de sus manos una ofrenda del más alto valor, la de su corazón. La Iglesia y los fieles estiman que nada es demasiado hermoso para conservar y recibir la Divina Eucaristía, y a menudo están dispuestos a las más graves renunciaciones para adquirir vasos sagrados dignos de la grandeza de Dios. Pero saben también privarse de ellos, si es necesario, para aliviar la miseria de los pobres.

Durante vuestro Congreso os habéis ocupado de las dificultades que se oponen al ejercicio normal de vuestra profesión. Habéis puesto de relieve que la búsqueda de una ganancia fácil y el desmesurado afán de prevalecer sobre los competidores obran dañosamente sobre vuestros propios intereses. El público muy pronto se da cuenta de ser víctima de esas tendencias, y se siente tentado a retirarlos su confianza. Por lo tanto, vuestros esfuerzos tienden, con razón, a eliminar de vuestras filas a los que no retroceden ante el fraude, y a mantener elevadas exigencias de justicia y de moralidad para conservar intacta una reputación de rectitud y probidad. Más que otros comprobáis vosotros cuán nefastas consecuencias causan en la actividad de todo el grupo los poco honestos manejos de algunos. Vuestra solicitud logrará ciertamente felices resultados si, excluyendo toda estéril rivalidad entre las diversas clases de vuestra corporación, así como las divergencias de intereses regionales, os unís no en la búsqueda únicamente del beneficio material, sino en el cumplimiento de una función social que requiere de vosotros elevado sentido de la honradez y os proporciona la alegría de producir obras hermosas y de comunicar a los demás su goce.

Para exhortaros a cultivar en vosotros sentimientos dignos de la nobleza de vuestro arte, Nós no podríamos concluir nuestras breves palabras sin proponeros el ejemplo de vuestro Patrono San Elisio, a quien honráis especialmente en Roma en la iglesia a él dedicada. Ya notable en el ejercicio de la orfebrería y director de la Real Casa de Moneda de Marsella, bajo Dagoberto I, fue sumamente estimado como consejero del rey y venerado por su generosidad y abnegación para con los hombres más miserables, los detenidos y los esclavos. Empleó su crédito y sus riquezas en obras de bien, fundó iglesias y monasterios para las almas amantes de la perfección. Después de la muerte de Dagoberto, abandonó la corte y consagró toda su persona a los intereses espirituales de sus contemporáneos; recibió las órdenes sagradas y, cuando más tarde fue elegido Obispo de Noyon, se entregó con fervoroso celo a la evangelización de los paganos de la Frisia y de Flandes.

A imitación de vuestro Santo Patrono, sabréis unir al amor de vuestro arte la preocupación por las necesidades temporales y espirituales de cuantos os rodean; y uniréis a la inteligencia y a la capacidad todos los dones de un corazón generoso y desinteresado. Y con el fin de que el Señor, creador y dispensador de todo bien, os asista con su divina ayuda, imploramos sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre vuestros seres queridos la abundancia de favores celestiales, de los que sea prenda la Bendición Apostólica que de todo corazón os impartimos.

— XI —

A LOS ASISTENTES A LA VII SESION DE LA CONFERENCIA
DE LA F. A. O.

(6 de diciembre de 1953)

Desde hace varios años Nós seguimos con vivo interés las actividades de la Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la Agricultura. Por lo tanto, sentimos la satisfacción de recibiros, señores, mientras se desarrollan las tareas de la VII Sesión de vuestra Conferencia.

Es un hecho que, no obstante las mejoras conseguidas en estos últimos tiempos, el problema de la alimentación sigue siendo crucial para una gran parte de la humanidad. Como ponéis de relieve en vuestros informes, la situación presente del mundo desde el punto de vista agrícola se caracteriza por un desequilibrio acentuado entre las regiones más adelantadas en los países no suficientemente desarrollados. Por una parte, la producción aumenta rápidamente, el nivel del consumidor se eleva, las exportaciones se intensifican, mientras que por otra parte, y especialmente en el Extremo Oriente, la producción se manifiesta escasa, la alimentación insuficiente y las importaciones limitadas. La eventualidad de la carestía y sus terribles consecuencias no deja de asustar a millones de hombres, y un período de sequía basta para desencadenar este terrible azote. Además, hay que tener en cuenta el continuo aumento de la población, que exige, so pena de empeorar el mal, un aumento paralelo de los bienes de consumo.

Vuestra organización se propone hacer frente a esa difícil situación, entablando una lucha decidida en el ámbito mundial para suprimir los sufrimientos y las amenazas que aún hoy en día pesan sobre tantos desventurados. ¡Cuánto valor es necesario para afrontar tranquilamente una empresa que, sin exageración, puede calificarse de gigantesca, y para entregarse a ella con ardor, cuando parece complicarse y, en la misma proporción en que uno a ella se dedica, agigantarse. Pero, animados por un celo que nada puede trancar, habéis conseguido en primer lugar garantizaros una base de trabajo indispensable, obteniendo las informaciones necesarias sobre la producción y los intercambios agrícolas de los diferentes países. En muchos casos, para procuraros indicaciones precisas, ha sido necesario formar expertos e iniciarlos en los modernos métodos de la estadística. De esta forma habéis recogido datos precisos que prestarán grandes servicios a los economistas.

La parte esencial de vuestra labor consiste en la intervención eficaz en el sector de la agricultura, así como de la pesca y de la explotación forestal. Indudablemente, se procurará dirigir hacia las poblaciones escasamente alimentadas, que representan el setenta por ciento de la población mundial, el excedente de la producción de los países más favorecidos, asegurando de este modo a estos mercados estables. Pero es mucho más urgente conseguir que la productividad en las mismas localidades en donde el malestar se deja sentir sea aumentada. Por lo tanto, queréis ante todo reducir las pérdidas, a veces considerables, debidas a la inexperiencia de los cultivadores y a las epidemias; por consiguiente, aumentar el rendimiento mediante la mejora de los métodos de cultivo,

el empleo de fertilizantes y la selección de las especies vegetales; por último, tendéis a valorizar los terrenos aún sin cultivar, especialmente con el riego. En todo esto, las fases de realización van precedidas necesariamente de encuestas y estudios detallados destinados a valorar las posibilidades de perfeccionamiento y a prevenir errores graves, por consiguiente. Recordamos igualmente, a título de ejemplo significativo en las incidencias de carácter cultural de vuestros trabajos, el plan en marcha para aumentar la producción de papel, que os ha confiado el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas.

Este programa, tan vario y tan vasto, suscita indudablemente dificultades poco comunes. La más delicada, tal vez, la habéis intuido perfectamente, y consistirá en crear las condiciones sociales gracias a las cuales los trabajadores a los que daréis ayuda y directrices, se interesarán de buena gana por su propio trabajo, explotando al máximo los recursos puestos a su disposición. En efecto, es inútil enviar a determinado lugar expertos para enseñar los nuevos métodos y perfeccionar las disponibilidades mecánicas, si las condiciones humanas en las que el hombre se mueve le impiden obtener de su esfuerzo el fruto que tiene derecho de esperar. Suscitar el interés y la iniciativa personal, demostrar que el bien de la comunidad no se realizará a costa del individuo aislado sino en su provecho, vigilar porque así sea, he ahí ciertamente un elemento capital para el éxito. De este modo, a vuestra labor económica viene a añadirse un valor social no menos decisivo, cuyo alcance nos complacemos en poner de relieve. Por eso Nós, solícitos en manifestaros nuestro apoyo y en colaborar en esa obra, hemos querido dar recientemente nuestro aporte en favor del programa de extensión de la asistencia a diversos países, y especialmente a las regiones más necesitadas.

A pesar de los medios aún restringidos con que cuenta vuestra organización, no habéis vacilado en interesar a todos los pueblos que desean perfeccionarse no solamente a sí mismos a más de obtener beneficios económicos, sino llevar también su socorro a los menos dotados. Una acción de este género, como Nós poníamos de relieve en un discurso pronunciado el 21 de febrero de 1948, en circunstancias análogas, obliga a las naciones a sentirse solidariamente beneficiadas y benefactoras las unas con relación a las otras.

El mundo civilizado contempla siempre con profunda tristeza los desoladoras imágenes de las víctimas del hambre cuando la tierra se halla en condiciones de alimentar a todos los hombres.

Eliminar definitivamente esa plaga merece algún sacrificio y justifica austeras abnegaciones. ¿Acaso Cristo no cuidó de refocilar a las gentes que le seguían? ¿Acaso no enseñó a sus discípulos la oración que pide a Dios el pan cotidiano? Para conseguir la finalidad que os habéis propuesto realizáis indudablemente una intención acariciada por Quien se consagró a la salvación de la humanidad. He aquí por qué Nós os auguramos que continuéis con constancia vuestra labor. No cabe duda de que aún se encuentra en sus comienzos, pero la experiencia os ha enseñado ya mucho; vuestros instrumentos de trabajo se perfeccionan, vuestra estima aumenta entre los gobiernos, que aprecian cada vez más la utilidad y los frutos de vuestra acción. Si el fin último no está todavía a la vista, podéis esperar al menos que una comprensión más amplia y una colaboración más activa vendrán a reforzar y multiplicar los resultados obtenidos y a garantizar un desarrollo ulterior más rápido.

Nós de todo corazón os lo auguramos, mientras invocamos sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre cuantos participan de vuestra grave misión, las más abundantes bendiciones celestiales.

— XII —

A LA ACCION CATOLICA ITALIANA

(8 de diciembre de 1953)

Cuando, dejando a un lado a las turbas, reunía Jesús a su alrededor a los Apóstoles y a los discípulos, hablaba a éstos no con parábolas (Mat. 13, 13) sino con gran claridad, y el tono de su voz debía de ser muy emocionado y afectuoso.

Querriamos que algo pareciera sucediese, amados hijos e hijas de la Acción Católica Italiana, hoy cuando el progreso de la técnica moderna os une en cierto modo más íntimamente a Nós, permitiéndonos hablar de corazón a corazón con cada uno de vosotros: sacerdotes, consiliarios, hombres, mujeres, jóvenes, miembros de la federación universitaria, graduados y maestros.

Os encontráis hoy todos unidos aun cuando no aparezca en toda su magnificencia el cuadro de vuestras inolvidables concentraciones ni se oigan resonar en estos momentos los jubilosos gritos de incontables multitudes aclamantes. Hoy, ningún vocerío, ningún clamor. Pero estáis todos reunidos, y a todos podemos hablar; mientras los ojos materiales se mantienen como entreabiertos, se presenta ante nuestro espíritu un estupendo espectáculo: el de innumerables almas esparcidas por toda Italia y ahora concentradas alrededor del Padre Común para escuchar su palabra y recibir su bendición.

Nós os imaginamos reunidos en las iglesias, en las grandes iglesias de las ciudades, y en las pequeñas, en las lindas capillas de pueblecitos casi perdidos en las montañas; o en las salas parroquiales o en la modesta casa de vuestro buen párroco; y tal vez allí está escuchando —pensamos en ello con tristeza y al mismo tiempo con especialísimo afecto— un pequeño grupito de socios junto a su padre y pastor lloroso porque la furia del demonio ha dirigido contra la parroquia todos sus golpes, consiguiendo llevar a ella espiritualmente la desolación y la muerte y dejando allí, prácticamente, el desierto.

Pues bien, amados hijos e hijas, Nós entramos —como lo hace nuestra voz— en vuestras casas, para ponernos a vuestro lado; padres y madres, amados viejecitos silenciosos, jóvenes llenos de vigor y muchachas con la primavera en el rostro. Con especial ternura nos acercamos a los amados y tal vez inquietos niños, a los que, —al fin de este mensaje— quisiéramos manifestar nuestro particular deseo.

UNA JUBILOSA CONMEMORACION

Al hallarnos todos reunidos, nos surge espontánea en la mente la imagen de una gran familia a la que la variedad de sus miembros no quita el perfume del amor que genera la concordia y conserva la paz. Y en esa familia hoy reina gran fiesta; fiesta para todos, porque todos se acercan al altar y repiten el ofrecimiento de sí mismos a Dios, jurando

de nuevo absoluta fidelidad a la Iglesia. Fiesta de modo especial para los amadísimos jóvenes, a los que, como es justo, va nuestra paternal complacencia y nuestros afectuosísimos votos. Conmemoran hoy, en el 85º aniversario, su fundación, porque en el ya lejano 1868, en una noche de oración en la Iglesia de Santa Rosa, en Viterbo, brotó del corazón de Mario Fani la primera de las ramas que hoy podría llamarse mejor la primera raíz del robusto tronco de la Acción Católica unitaria, instituida en 1922 y dotada de su actual reglamentación, el estatuto de 1946.

Con ardor deseamos conversar familiarmente con vosotros, a la manera de un padre con sus hijos, confiándoos sus ansias, expresándoos sus deseos. Y dado que hoy es también la fiesta de la Madre Común, al cumplirse noventa y nueve años desde cuando nuestro glorioso predecesor Pío IX con la fuerza de su infalible magisterio engarzó otra gema en la corona de Ella, proclamándola Inmaculada, tendremos ante los ojos la imagen de la Virgen Santísima mientras os hablamos y os invitamos a contemplarla para quedaros encantados ante Ella, para imitarla y para veros por Ella sostenidos y protegidos nos servirá de guía la sagrada liturgia (Off. in Assumptione B. V. M. passim), que no se cansa de llamarla *pulchra ut luna*, bella como la luna, *electa ut sol*, resplandeciente como el sol, *terribilis ut castrorum acies ordinata*.

LA BELLEZA DE MARIA

1. Ante todo, amados hijos e hijas, contemplad a María “bella como la luna”, *pulchra ut luna*. Es una manera de expresar su excelsa belleza. ¡Cuán hermosa debe ser la Virgen! Cuántas veces nos ha llamado la atención la belleza de un rostro angelical, el encanto de una sonrisa de niño, el hechizo de una mirada pura. Y ciertamente, en el rostro de su propia Madre Dios ha puesto todos los esplendores de su arte divino. ¡La mirada de María! ¡La sonrisa de María! ¡La dulzura de María! ¡La majestad de María, Reina del cielo y de la tierra! Como brilla la luna en el cielo oscuro, así la belleza de María se distingue de todas las demás bellezas, que semejan sombras a su lado. María es la más hermosa de todas las creaturas. Sabéis, amados hijos e hijas, cuán fácilmente una belleza humana, que es como la sombra de una flor, arroba y exalta a un corazón gentil: ¿qué haría, por lo tanto, ante la belleza de María, si pudiera contemplarla sin velo alguno, cara a cara? Así Dante Alighieri vio en el paraíso (Cant. 31, v. 130-135), entre “más de mil jubilosos ángeles”, “sonreír a una belleza que alegría era en los ojos de todos los demás santos”: ¡María!

Mientras tanto, en ese rostro no se revela tan sólo la belleza natural. En el alma de Ella ha volcado Dios la plenitud de sus riquezas con un milagro de su omnipotencia, y así ha hecho que aparezca en la mirada de María algo de su dignidad sobrehumana y divina. Un rayo de la belleza de Dios resplandece en los ojos de su Madre. ¿No pensáis que el rostro de Jesús, ese rostro que los ángeles adoran, debía de reproducir en cierto modo los rasgos del rostro de María? Así el rostro de un hijo refleja los ojos de la madre. *Pulchra ut luna*. ¡Dichoso quien pudiera verte, Madre del Señor; quien pudiera deleitarse ante Ti! ¡Ojalá que pudiéramos, oh María, permanecer contigo en tu casa, para servirte por siempre!

MARIA, VERDADERA MADRE NUESTRA

2. Pero la Iglesia no compara a María solamente con la luna; recurriendo también a la Sagrada Escritura (Cant. 6, 10), pasa a una imagen

más fuerte, y exclama: ¡Tú eres, oh María, electa un sol, "resplandeciente como el sol"!

La luz del sol se diferencia grandemente de la de la luna; es luz que calienta y vivifica. Resplandece la luna en los grandes glaciales del polo, pero el hielo se mantiene compacto e infecundo, como duran las tinieblas y perdura el hielo en las noches lunares del invierno. La luz de la luna no da calor, no da vida. Fuente de luz, de calor y de vida es el sol. Pues bien, María, que tiene la belleza de la luna, resplandece también como el sol e irradia un calor vivificante. Hablando de Ella, hablándole a Ella, no olvidemos que es verdadera Madre nuestra, porque por mediación de Ella hemos recibido la vida divina. Ella nos ha dado a Jesús, y con Jesús a la misma fuente de la gracia. María es mediadora y distribuidora de gracias.

Electa ut sol. Bajo la luz y el calor del sol florecen en la tierra y dan fruto las plantas; bajo el influjo de la ayuda de este sol que es María fructifican los buenos pensamientos en las almas.

Tal vez en este momento os sentís ya llenos del encanto que emana de la Virgen Inmaculada, Madre de la gracia divina, Mediadora de gracias, porque es Reina del mundo. ¡Ah, si pudiéramos tener la palabra de San Bernardo, que no se cansaba de alabar, de cantar, de admirar y de exultar ante el trono de la Virgen! ¡Ah, si pudiéramos tener la lengua de los ángeles, para poder expresar la belleza, la grandeza de su Reina!

Repasad, amados hijos e hijas, la historia de vuestra vida: ¿no veis un tejido de gracias de Dios? Podéis pensar entonces que en esas gracias ha entrado María. Las flores han despuentado, los frutos han madurado en mi vida gracias al calor de esta Mujer resplandeciente como el sol.

¿Habéis rezado esta mañana? La gracia que os ha invitado a un acto de tan exquisita piedad ha sido tal vez una gracia especial de María, ha llegado a través de María.

Estáis escuchando ahora este mensaje nuestro de honor a la Virgen: ¿os penetra alguna palabra del mismo más profundamente en el corazón, despertando sentimientos buenos y anhelos de fervor? Es una gracia que llega a vuestras almas a través de la intercesión de María, con la luz de ese sol del cielo que es María.

¿Esperáis llegar algún día al paraíso, mediante la gracia de la perseverancia hasta el último instante de la vida? ¿Tenéis la esperanza de morir en gracia de Dios? Pues también esa gracia os llegará, devotos de María, a través de una sonrisa de ella, con un rayo de ese sol.

MARIA, FORTALEZA EN EL COMBATE

3. Más aún, la Iglesia toma otra imagen de la Sagrada Escritura y la aplica a la Virgen. María es en Sí misma bella como la luna, y resplandeciente alrededor de Sí misma como el sol; pero contra el "enemigo" es fuerte y terrible, como un ejército alineado para la batalla. **Acies ordinata.**

En este día de alegría y de exultación, sólo Dios sabe cómo quisiéramos poder olvidar la dureza de los tiempos que atravesamos. Pero los peligros que pesan sobre el género humano son tales que Nosotros no debemos cesar jamás —puede decirse— de lanzar nuestro grito de alerta. Ahí está el "enemigo" que hace presión sobre las puertas de la Iglesia, que amenaza a las almas. Y he ahí otro aspecto —muy actual— de María: su fuerza en el combate.

Después del mísero caso de Adán, el primer anuncio de María, según la interpretación de no pocos Santos Padres y Doctores, nos habla de enemistades entre Ella y la serpiente enemiga de Dios y del hombre. De la misma manera que es para Ella esencial ser fiel a Dios, lo es ser vencedora del demonio. Sin mancha alguna, María ha pisoteado la cabeza de la serpiente tentadora y corruptora. Cuando María se acerca, el demonio huye, del mismo modo que las tinieblas desaparecen cuando despunta el sol. Donde está María no está Satanás; donde está el sol no existe el poder de las tinieblas.

Amados hijos e hijas de la Acción Católica Italiana: ¡oh, si esos tres fulgores de María se convirtieran en vuestras luces! ¡Oh, si las tres imágenes de la Sagrada Escritura se aplicaran, en realidad, a cada uno de vosotros y a toda la Asociación!

Quisiéramos ante todo que vosotros, como hijos e hijas de María, procurárais reproducir en vuestra alma su belleza sobrehumana. Mantened, pues, a imagen de Ella, la perfecta unión con Jesús.

Que Jesús esté en vosotros, y estad vosotros en El, hasta la fusión de vuestra vida con la vida de El. Que en vuestra mente estén los esplendores de la fe y, como María, veáis, juzguéis y razonéis conforme a Dios. Que vuestro corazón, en lo posible, aspire a la integridad del corazón de Ella, que nada ha dividido con otros y ha conservado para Dios todo su calor, todas sus palpitaciones, su vida. Con las visiones del espíritu, con los ardores del corazón, cultivad la entrega absoluta a Dios. Hijos e hijas de María, llevad en los rasgos de vuestra alma las semblanzas de la Madre del Cielo. Haced que a través de un mundo envuelto en las tinieblas y cubierto de fango pasen haces de luz y el perfume de una pureza incontaminada.

En segundo lugar, quisiéramos que fuerais como el sol, que calienta y vivifica. El calor de vuestro amor caliente a las personas y a las cosas que os circundan. Haced que en todo lugar se distinga vuestra presencia con el fervor de vuestra caridad. El demonio ha invadido la tierra con el odio; haced que reviva prepotente el amor. Muchos son aún malos porque no han sido hasta ahora suficientemente amados. Vivificad todo lo que se halle bajo el influjo de vuestros rayos. Es decir, sed como María y con María instrumentos de vida en las almas, que hoy mueren de frío y de hambre, pero que podrían volver a la casa del Padre si se sintieran movidas por vuestras palabras, arrastradas por vuestro ejemplo.

Por último, aplicad también a vosotros la tercera imagen de María: sed fuertes contra el "enemigo". En esto ya no se trata del beneficio espiritual de cada uno de vosotros sino de vuestra colaboración por el bien de las almas. Toda la Acción Católica, que en cada uno de sus miembros debe ser bella como la luna y vivificante como el sol, sepa ser, frente al "enemigo", fuerte como un ejército alineado para la batalla. Y he aquí que nuestra reunión familiar toma el aspecto de una "reunión informativa" al principal de los grupos seglares del gran ejército católico de Italia.

LA INVASION DEL MUNDO POR EL ENEMIGO DE LOS HOMBRES Y DE DIOS

En nuestra reciente Encíclica "Fulgens Corona" denunciáramos una vez más la realización de un plan espantoso para arrancar radicalmente de las almas la fe de Cristo, para la invasión del mundo por parte del enemigo de los hombres y de Dios. Y son hombres —miseros hombres—

los que sirven de instrumento para esta labor destructora. Está en marcha una lucha que crece día tras día en proporciones y en violencia; y es necesario por consiguiente que todos los cristianos, pero especialmente todos los militantes católicos "se pongan en pie y combatan hasta la muerte, si es necesario, por la Iglesia, madre suya, con las armas que están consentidas" (cfr. S. Bern. Ep. 221, n. 3; Migne PL. v. 182, vol. 387). No se trata en este caso, evidentemente, de choques entre los pueblos con destrucción de casas y matanza de hombres. Nós en varias ocasiones hemos condenado la guerra; y como reaparecen en algunas partes síntomas de peligro para la paz, volvemos a clamar a Dios con el fin de que impida, con su omnipotencia, que nuevos lutos y nuevas lágrimas sean provocados en la tierra por la inconsciencia y por la maldad de algunos. Nós hablamos, en cambio, de la lucha que el mal, en sus mil diversas formas, sostiene contra el bien; lucha del odio contra el amor, de las malas costumbres contra la pureza, del egoísmo contra la justicia social, de la violencia contra el vivir pacífico, de la tiranía contra la libertad.

En esta lucha ya está asegurado el triunfo final, pues lo garantiza la infalible palabra de Dios. Vendrá el día del triunfo del bien sobre el mal, porque vendrá el día en que —lo decimos con inmensa tristeza— irán "malditos al fuego eterno" (Mat. 25, 41) cuantos han querido prescindir de Dios y se han mantenido hasta el fin obstinados en la impenitencia. Pero hay batallas cuyo resultado no es seguro, porque depende también de la buena voluntad de los hombres. En algunos sectores el "enemigo" ha prevalecido; hay que recobrar el terreno perdido —es decir, las almas descarriadas— con el fin de que Jesús reine de nuevo en los corazones y en el mundo.

¡Amados hijos e hijas! Nós os llamamos de nuevo a filas, seguros de que todos —sin excepción alguna— responderéis a nuestra voz. Ante la mirada de María, Reina de las Victorias, disponeos a vivir, por decirlo así, en un clima de movilización general, listos a cualquier sacrificio, prontos a cualquier heroísmo.

EL AÑO MARIANO

Nós hemos invitado a los fieles de todo el mundo a aprovechar el Año Mariano que hoy empieza, para promover manifestaciones de homenaje a María en sus santuarios. Pero lo que urge sobre todo es que se realice un esfuerzo común para encaminar a Italia hacia un resurgimiento religioso integral. Con el fin de que así sea, habrá que preparar, naturalmente, un plan racional que os empeñe a todos de modo orgánico; y vosotros cuidaréis de moveros conforme a una exacta y bien estudiada estrategia, alineándoos con orden y fijando bien los fines por conseguir. Es necesario, para esto, reforzar vuestra unión interior, acentuando cada vez más el carácter unitario de vuestra organización y acogiendo a todos fraternalmente, como compañeros de armas, para combatir codo con codo la misma batalla. El ejército católico se compone también de otras fuerzas que sería locura ignorar o contrariar. Hay sitios para todos, y todos hacen falta en este inmenso frente que hay que cubrir para rechazar los asaltos del "enemigo".

Recordad todos, sin embargo, que no hay alineación ordenada si dentro del reseo y de la variedad y de la capacidad no se garantiza la unidad de mando; por ello, vivamente os exhortamos a vosotros y a todas las fuerzas católicas a dejaros guiar en la labor apostólica por aquel a quien el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios.

Al elegir los "objetivos" hay que observar además el orden de valores; por lo tanto, debéis preferir lo espiritual a lo material, lo definitivo a lo provisional, lo universal a lo particular, lo que urge a lo que puede ser aplazado para otros momentos.

LA APROXIMACION INDIVIDUAL, TACTICA PARA EL APOSTOLADO

En cuanto a la táctica que debe seguirse, recordad que la aproximación individual es la que mejores resultados da. Mediante la "base misionera", la Acción Católica ha iniciado ya una labor unitaria, con la que sale de sus sedes para ir a llevar la verdad a los alejados. Pero este método producirá buenos efectos únicamente si toda la Acción Católica procura aplicarlo y si trabaja en colaboración con las demás fuerzas católicas. Esto es lo que recomendamos en el pasado año a los Hombres de Acción Católica; hoy lo decimos de modo especial a vosotros, queridísimos jóvenes, que fuisteis los primeros en nacer y os encontráis aún tan llenos de vigor y de frescor. Sed hoy y siempre las vanguardias audaces de este pacífico ejército, en espíritu de perfecta unión con todos y de completa sumisión a los Pastores que guían la Iglesia.

Y he aquí nuestra última palabra, que queremos dirigir a los niños y niñas que escuchan, para manifestarles un deseo nuestro. ¿Recordáis cuánto os amaba Jesús, y con cuánta ternura os acogía? Hablando a las turbas os ponía como modelos para entrar en el reino de los cielos. También el Papa os ama como os amaba Jesús. Sois los predilectos del Papa, del mismo modo que erais la pupila de los ojos de Jesús.

Pues bien, amados niños, el Papa necesita de vuestra ayuda. El Papa siente muchos entristecedores temores por la suerte de este mundo amenazado de ruina. ¿Queréis ayudar al Papa? ¿Queréis ayudar a la Iglesia a salvar al mundo, a salvar a la humanidad en peligro? Pues elevad al cielo vuestros ojos limpios y puros, juntad vuestras manecitas y ofreced a Jesús vuestra inocencia. Decid a Jesús que salve a la Iglesia, que salve a las almas. Sed con vuestra oración, con vuestros pequeños sacrificios, los ángeles protectores de toda la Acción Católica, que en vosotros pone todas sus esperanzas.

Nós nos arrodillamos y recitamos con vosotros una oración. Uníos a Nós para ejercer dulce violencia sobre vuestra Madre Celestial:

¡Oh Virgen bella como la luna, delicia del cielo, cuyo rostro contemplan los bienaventurados y en el que se miran los ángeles! Haz que nosotros tus hijitos te asemejemos y que nuestras almas reciban un rayo de tu belleza que nunca decrece con los años sino que resplandece en la eternidad.

¡Oh María, sol del cielo! Despierta la vida donde reina la muerte, y aclara los espíritus donde reinan las tinieblas. Reflejándote en el rostro de tus hijos, concédenos a nosotros un reflejo de tu luz y de tu fervor.

¡Oh María, fuerte como un ejército! Da a nuestras unidades la victoria. Somos muy débiles, y nuestro enemigo combate con mucha soberbia. Pero con tu bandera nos sentimos seguros de vencerlo; él sabe el vigor de tu pie, y teme la majestad de tu mirada. ¡Salvanos, oh María, bella como la luna, resplandeciente como el sol, fuerte como un ejército en línea sostenida no por el odio sino por la llama del amor! Así sea.

— XIII —

A LOS FIELES DE LA PARROQUIA ROMANA DE CENTOCELLE

(13 de diciembre de 1953)

Os damos ante todo, amados hijos e hijas de la Parroquia de San Félix de Cantalicio, nuestra paternal bienvenida. Vuestra participación asidua y fervorosa en la Semana Mariana, y sobre todo vuestras promesas para el Año Mariano que acaba de empezar, han llenado de consuelo nuestro espíritu. Pero Nosotros queremos además manifestaros nuestra paternal gratitud por una noticia que nos ha comunicado vuestro celoso Párroco y que por sí sola bastaría para llenarnos de alegría: 1.500 familias de vuestra parroquia han empezado a honrar a María con el Rosario diario. Todas las noches, por consiguiente, desde 1.500 hogares se elevará al cielo el incienso de la oración con las invocaciones del Padre nuestro, con las alabanzas, anuncios e imploraciones del Avemaría, con el himno de gloria a la Santísima Trinidad. Todas las noches, mientras se reza, se meditarán los misterios de la vida de Jesús y de María; y no es difícil imaginar que María sonreirá con una celestial sonrisa a sus hijos, como cuando en Lourdes veía a Bernardita y al pueblo elevar hacia Ella la corona del Rosario.

Pero sobre todo se producirá todas las noches un hecho simple en apariencia aunque capaz de extasiar a los ángeles que desde el cielo ven y escuchan. En todas esas casas, ante la imagen de la Virgen Santísima, al recitar el Santo Rosario, la familia está rezando unida. Tal vez no imagináis, amados hijos, cómo esto es suficiente para darnos la confianza de que en vuestra parroquia está ya bien encauzado ese resurgimiento religioso integral que Nosotros hemos solicitado en la Encíclica "Fulgens Corona", y en el que hemos insistido de nuevo en nuestro reciente mensaje por radio a la Acción Católica Italiana.

Tenemos que contentarnos, amados hijos, con decirlos únicamente un pensamiento, aun cuando el especialísimo afecto que nos une a nuestros fieles romanos nos llevaría a prolongar todo lo posible vuestro presente encuentro con el Padre Común; mas tal vez esta simple alusión podrá contribuir a dar firmeza y constancia a vuestro propósito.

Pues bien, amados hijos, si hubiéramos de compendiar cuanto para vosotros imploramos del Señor e incluso lo que cada uno desea para sí mismo, quizá no halláramos una fórmula más comprensiva que ésta: que en cada una de las familias pueda reinar el Señor con su gracia y con un conveniente bienestar material en la concordia y en la paz.

Pero justamente para obtener esto será muy útil el Rosario en la familia, que si reza vive, y si reza unida vive, unida. Nosotros os exhortamos, amados hijos, a rezar para vivir: para la vida del alma y para la vida del cuerpo. Nosotros os exhortamos a rezar unidos para vivir en concordia de espíritus.

1. La vida propia del alma cristiana, así como la de la familia cristiana, es la vida divina. Para que esa vida exista en vosotros, para conservarla y para que crezca os comprometéis a elevar vuestra mente y vuestro corazón a Dios con una de las oraciones más sencillas y más completas. El Santo Rosario es, en efecto, una de las formas más hermosas para establecer coloquio con el cielo.

2. Familia que reza, familia que vive. Viene a nuestra mente también el problema de vuestra vida humana, de vuestra vida material, el problema del pan cotidiano para vosotros y para vuestros hijos. "No tan sólo de pan vive el hombre" ha dicho Jesús (Mat. 4, 4), sino es claro que vive también de pan, es más, que no puede vivir sin pan. Si, pues, es anticristiano y antihumano reducir la vida del hombre únicamente al problema del pan, no es cristiano ni humano permanecer indiferentes e inactivos frente al hambre y la miseria de los propios hermanos. Por consiguiente, será preciso que todos obren de modo incansable para crear a los hombres honrados y laboriosos humanas condiciones de vida.

Pero mientras tanto será preciso recordar una palabra del Divino Maestro, que aún hoy conserva su valor y que incluso suena como advertencia especial para el mundo moderno. Dijo, en efecto, Jesús: "Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, que lo demás os será dado como añadidura" (Mat. 6, 33).

¡Amados hijos! Pensamos a menudo en una escena que seguramente vosotros conocéis y recordáis. Corrían las turbas tras de Jesús y escuchaban, insaciadas e insaciables, su palabra, olvidándose de sus necesidades materiales. Hoy, en cambio, muchas almas olvidan a Jesús, se alejan de Él en busca de bienestar terrenal, y de esta forma mueren de inercia mientras los problemas materiales se presentan cada vez más insolubles.

Familia que reza, familia que vive. Vive el alma de la vida divina; vive el cuerpo de la vida material. Dios cuida de los lirios del campo y de los pájaros del aire. ¿Cómo no cuidará de personas y de familias que procuran estar unidas a Él y que todas juntas le piden, todas las noches, con tanta insistencia: "el pan nuestro de cada día"?

Rezad, amados hijos; rezad a vuestro Padre bueno y omnipotente; rezadle bien; rezadle sin cansaros. Pedid que sea santificado su nombre; que venga su reino; que se haga su voluntad. Y pedidle el pan cotidiano para vosotros y para vuestros hijos.

3. Si, como habéis prometido, recitáis el Santo Rosario en familia, todos juntos gustaréis la paz, tendréis en vuestros hogares la concordia de los espíritus.

En un mundo dividido por tantos odios ¡dichosos los que encuentran en su propia casa un oasis de paz!

Pocos medios nos parecen tan eficaces para promover y conservar la unión de los espíritus como la oración en común, dicha en familia, bajo la mirada afectuosa y sonriente de María.

Renovad, pues, vuestro empeño, amados hijos e hijas. ¡Y que otras parroquias de Roma puedan darnos también tan consoladora noticia!

— XIV —

EXHORTACION A LOS PARROCOS
Y PREDICADORES DE LA CUARESMA EN ROMA

(21 de febrero de 1954)

Hubiera sido para Nosotros motivo de incomparable gozo —como tantas veces en tiempos pasados— admitir hoy en nuestra presencia a vosotros que os encontráis entre los hijos más cercanos y, en cierta manera, más